

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 26. — N° 776.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

Distribucion de recompensas á los aprendices de las manufacturas; grabado. — Revista española. — Su Majestad el emperador de Austria en Compiègne; grabado. — El emperador de Austria en París; grabados. — Revista de París. — Poesía. — Sucesos de Italia; grabados. — Oliverio, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — La comedia italiana; grabados. — Debe y haber, novela escrita en alemán por Gustavo Freitag. — Caretas y semblantes, por Gavarni; grabado. — Tolon: Campamento cerca del arsenal, de tropas destinadas á la expedicion de Roma; grabado.

Revista española.

Los primeros dias de octubre. — Teatros. — Inauguracion del Principe. — *Las gradas de San Felipe*. — *De fuera vendrá...* — *Quien debe pagu*. — Una parodia de *Pablo y Virginia*. — Una escena de Paul de Kock. — Nuevo modo de hablar. — Un pintor que se explica.

En los primeros dias del mes de octubre acabaron de regresar á Madrid las familias mas distinguidas y comenzó la animacion.

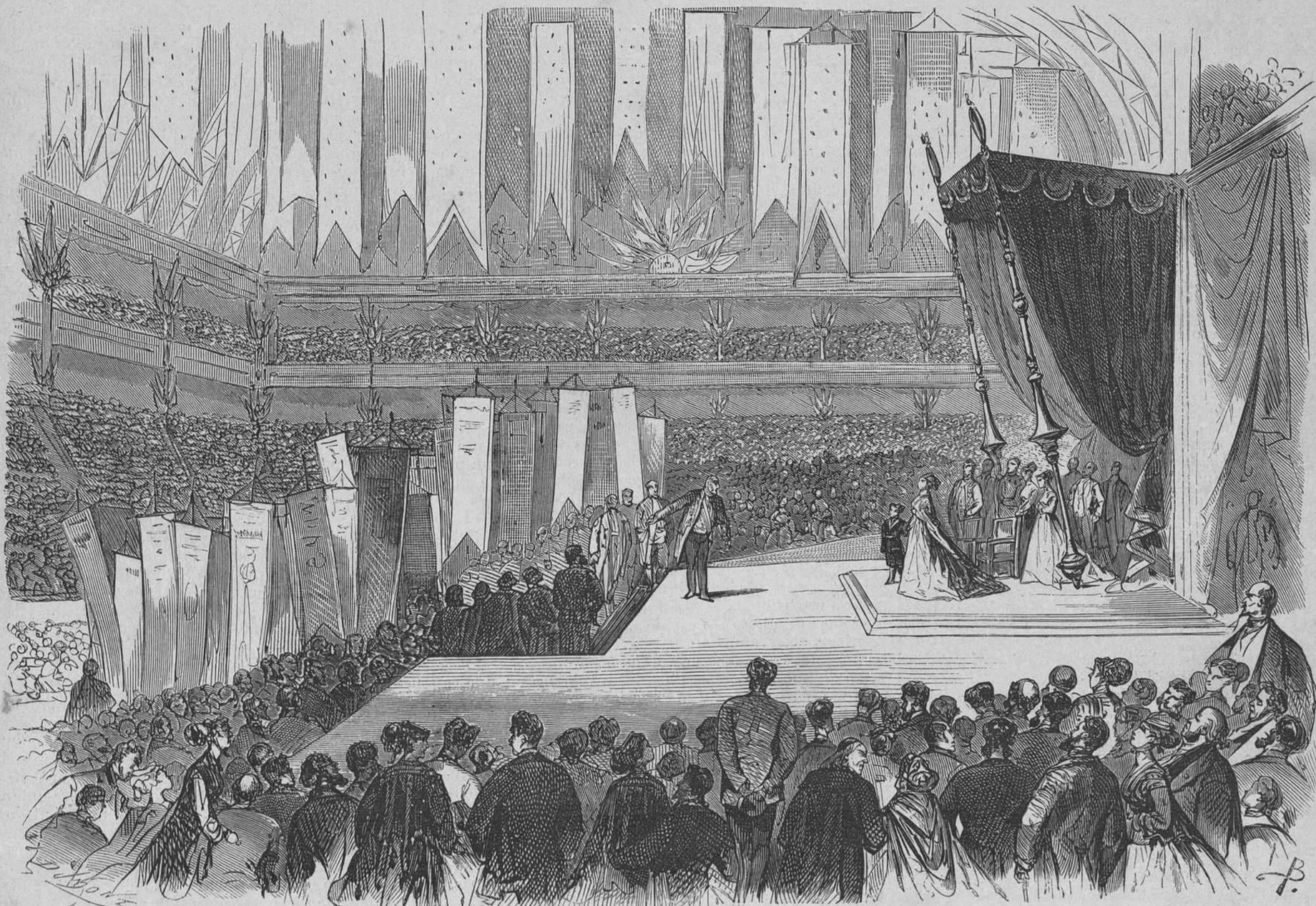
Empezó á hablarse de saraos, y se abrieron los teatros.

Como los salones permanecen cerrados todavía, voy á dar cuenta á mis lectores de las obras teatrales con que nos han obsequiado las empresas.

Además del Real, tenemos compañías en el Principe, en el Circo, en la Zarzuela, en Novedades y en Variedades.

La inauguracion de las funciones en el teatro del Principe ha sido, como no podia menos de suceder, un acontecimiento artistico.

Los primeros actores, excepto el eminente Julian Ro-



Distribucion de recompensas por la Sociedad de proteccion de los aprendices de las manufacturas, presidida por S. M. la emperatriz. — (Véase la *Revista de Paris* del número 774.)

mea, á quien sus padecimientos alejan de la escena con inmensa pena de sus admiradores, y suya tambien, porque amante del arte, no sabe vivir sin sus gozes; los primeros actores, repito, se presentaron al público é interpretaron el bellissimo cuadro biográfico, apropósito del señor Hurtado, *Las gradas de San Felipe*; la ingeniosa y divertida comedia de Moreto, *De fuera vendrá...* y el sainete *Las preciosas ridículas*, refundido con el título de *Las culti latini-parlas*.

Al descorrerse el telon por la primera vez, contemplaron los espectadores un cuadro rico de color y de composicion.

Las gradas de San Felipe ó el mentidero, eran, en la época en que pasa la accion, el punto de reunion de los desocupados, como si dijéramos el Casino de aquel tiempo.

Allí se murmuraba de todo, se referian las aventuras de la noche anterior, se daban por sucesos las suposiciones y se pasaba el rato.

Este es el paraje que con acierto ha elegido el señor Hurtado para hacer la apoteosis de Moreto.

Todas las figuras son retratos pintados de mano maestra, con solo unas cuantas pinceladas. Don Francisco Sagredo describe á su primo don Melchor Galan las gradas y sus alrededores; don Gerónimo Cancer hace lo propio con un amigo suyo; pero la accion verdadera empieza con la presencia en aquel sitio del capellan Carrasco Marin, apasionado y gran amigo de Moreto, que al anunciar á Sagredo y Galan la muerte de tan peregrino ingenio, les comunica su profunda tristeza. Pero Salazar, crítico tan pedante como murmurador, se hace eco de las hablillas de los envidiosos del talento del poeta, y aunque muerto, aspira á derramar sobre su memoria el veneno de la calumnia.

Carrasco Marin le responde en estos términos :

No es mi intento, ni en mí cabe
Daros lecciones de acierto,
Mas quien habla de algun muerto
Es justo que al muerto alabe.

Que quien obra de tal suerte,
Cristiano mérito alcanza,
Que siempre fué la alabanza
Privilegio de la muerte.

Que como el alma va en pos
Del perdon que en Dios encierra,
No es bien culpar en la tierra
Al que quizá premia Dios.

Esto dicho en su respeto
Diré de lo relatado,
Que estais muy mal informado
De las cosas de Moreto.

La experiencia de sus años,
Unida á un saber profundo,
Le hicieron dejar el mundo
Con sus quimeras y engaños;

Y modelo de humildad,
Dulce, afable, cariñoso
Buscó el bien en el reposo,
La dicha en la caridad.

Tal vez hoy por ello cobre
La gloria que fué su anhelo,
Que hartó gana para el cielo
Quien aquí siembra en el pobre.

Por esto de virtud tal,
Y de un genio admirado
Le hizo su amigo y privado
El ilustre cardenal.

« Que la alteza mas honrada
Que tienen los grandes buenos,
Es que pueden al que es menos
Dar mucho con lo que es nada. »

Cáncer y Sagredo añaden nuevos elogios á la memoria del ilustre autor, y el último recuerda sus mejores comedias en estas redondillas :

Nadie tener puede en menos
Al que escribió entre los buenos
La *Confusion de un jardin*;
Al que dió honor á la escena
En la *Fuerza de la ley*,
El *mejor alcalde el rey*,
Y en el *San Franco de Sena*;
Al que siempre docto y sabio
Hizo sembrando bellezas,
Industrias contra finezas
Y el *Defensor de un agravio*;
Al que se pintó quizá
Con pincel diestro y gallardo
En el capitan Lisardo

De su *De fuera vendrá...*
Al que tomando por norte
El honor, que es lo primero,
Con él vistió al *Caballero*
Y el *Parecido en la corte*;
Al que con harta verdad
Dejó en el *Lindo Don Diego*
Vejado el orgullo ciego
Y la loca vanidad.
Y por conclusion á quien,
Si otras joyas no tuviera,
Corona eterna le diera
El *desden con el desden*.

A pesar de todo, el murmurador no se convence; á las razones contesta con insultos, y van á hablar las espaldas cuando se presenta la reina Mariana.

Enterada de lo que ocurre, humilla al detractor, ensalza al poeta, y le premia en Carrasco Marin, á quien dice :

Moreto es ya de la historia,
Vos proclamais su grandeza;
Premiando vuestra firmeza
Cumplo tambien con su gloria.

Antes de terminar esta bellissima apoteosis, dice Sagredo dos redondillas que por el pensamiento que entrañan deseo recordar.

Dirigiéndose á Carrasco Marin, le dice :

En vos la reina ha premiado
El arte, la inspiracion,
El arte, el arte que calma
Los dolores de la vida
Y para el mal no hay medida
Porque no se mide el alma.
Si hay un corazon tan yerto,
Que no dé al arte valor,
Podeis decir sin temor :
« Ese corazon ha muerto. »

Tal es el cuadro biográfico, rico de luz y de belleza y escrito con esa maestria, con esa inspiracion á que nos tiene acostumbrados el señor Hurtado. En su ejecucion se han distinguido todos los actores. El traje de Matilde era de una propiedad admirable: aun subyugada la imaginacion por el talento de la actriz, no podía menos de recordar el célebre cuadro que se conserva en el Museo « el recuerdo de la reina Mariana. »

La comedia es, por su enredo, en extremo ingeniosa, y como la de Moreto y los demás grandes poetas de su tiempo, un modelo acabado de gracia y donosura.

Hé aquí su argumento :

Recien llegados de Flandes, el capitan Lisardo y el alférez Aguirre, encuentran en las gradas de San Felipe á una doña Cecilia, viuda de treinta años que con su sobrina Francisca, el rodrigon y la doncella se dirige á misa.

Después de galantear á la sobrina, averiguan los dos recien llegados que pertenece á la familia de su comandante, el que por si algo les ocurre en Madrid les ha dado para doña Cecilia una carta de recomendacion.

El alférez Aguirre, hombre de chispa, vividor y poco escrupuloso, idea el medio de que su amigo y camarada penetre en la casa de la jóven y sea tratado en ella á cuerpo de rey.

Este medio es falsificar la letra del hermano de doña Cecilia y poner en la carta á la buena señora que los hospede en su casa y los asista y favorezca en todo y por todo.

Como no están muy sobrados de recursos, la realizacion de este plan conviene al mismo tiempo que al nacimiento amor de Lisardo, á las comodidades y regalo de los dos. Falsificada la carta, se presentan en casa de la viuda, que es una especie de tiranuelo con faldas, ávida de requiebros, deseosa de cambiar las tocas de la viudez por el nevado velo de la desposada, y al mismo tiempo Argos con faldas para con su sobrina, á la que siempre predica recato y aparta de las ocasiones de verse galanteada.

Lisardo y el alférez le entregan la supuesta carta, y doña Cecilia los hospeda y les presta toda clase de atenciones.

La esperanza de hallar en el recomendado de su hermano un marido, la impulsa á desvivirse por él con tan marcadas muestras de cariño, que el capitan Lisardo no tiene mas remedio que fingirle amores al mismo tiempo que se los dice de verdad á Francisca.

Sin enumerar los episodios, los incidentes en que es rica esta obra, y siguiendo la accion, cumple decir que Francisca, creyendo cierto el amor de Lisardo á su tia, le da celos, y que este, para no mortificarla y evitar el conflicto que le espera si persiste en casarse con él doña Cecilia, le declara solemnemente que es hijo de su hermano y de una doña Blanca, dama flamenca que enamoró al anciano militar. Pero con la dispensa del papa pueden vencerse las dificultades que surgen, y así se lo hace ver doña Cecilia; busca Lisardo su salvacion en otro recurso. Dicele que debe muchas atenciones al alférez Aguirre, y como está perdidamente enamorado de ella, la hace el sacrificio de su amor.

El alférez, á quien esta broma le parece pesada, es-

curre el bulto, y no habiendo remedio, toma Lisardo una resolucion extrema.

Se casará con la viuda; pero como en todo buen matrimonio el marido debe mandar y la mujer obedecer, desde aquel momento todos los habitantes de la casa tendrán que someterse ciegamente á su voluntad.

Convertido en un déspota, justifica el título de la comedia.

Nada mas cómico y mas natural, dadas las premisas de la accion y esta actitud del capitan Lisardo. Pero cuando lo dispone todo para sacar depositada á Francisca, llega de Flandes el hermano de la viuda y descubre el enredo.

Al saber el ardid de que se ha valido Lisardo para penetrar en casa de su hermana, al saber que para salvar la comprometida honra de esta quiere castigarle y le busca, el capitan le cuenta la verdad, y al saber que ama á su sobrina, lleno de gozo le tiende los brazos, y conviene con él en seguir aparentando que es su padre. Pero al volver á su casa sabe que un don Martin y un don Celedon, tipos de lo mas cómico que puede darse, han permanecido algun tiempo ocultos en su casa, pretendiendo los dos á su sobrina, y como no tiene mas remedio que casarla con uno de ellos, se decide á hacerlo cuando llega la justicia á sacar depositada á Francisca. La verdad se descubre entonces; Lisardo da la mano á la jóven y don Celedon se casa con la viuda, mientras huye precipitadamente don Martin por no incurrir en la misma debilidad.

Chinchon, el delicioso Chinchon, que así se llamaba el rodrigon de doña Cecilia, se une, como es de rigor en estas comedias, con la doncella, y la funcion se acaba con un bellissimo pensamiento consagrado á la memoria de Moreto.

Posteriormente se ha estrenado en el mismo teatro una comedia del inspirado poeta Gaspar Nuñez de Arce, titulada *Quien debe paga*, y ha sido sorprendente el éxito que ha alcanzado esta notable produccion.

El público ha sido justo.

La comedia *Quien debe paga*, es una de esas obras que de cuando en cuando produce la literatura dramática española, para poder probar que es la primera del mundo.

No hay en efecto nada mas acabado ni mas perfecto que la comedia española, y la del señor Nuñez de Arce reúne todas las condiciones para ocupar un puesto al lado de esas escasas joyas que constituyen el tesoro de nuestro teatro nacional.

Un pensamiento profundamente social, caracteres magistralmente trazados y una forma arrebatadora: estas son sus cualidades. Si le falta novedad al pensamiento, tiene la novedad de que ningun autor hasta ahora lo ha tratado como el autor de *Quien debe paga*.

Que no es nuevo que un hombre dejándose dominar por la vanidad, tenga queridas por lujo y gaste en joyas y adornos para su mujer y ornato para su casa mas de lo que puede; que no es nuevo que tenga un amigo que le preste dinero con la intencion de cobrarse los intereses con detrimento de su honra y menoscabo del amor conyugal; que no es nuevo que el seductor emplee medios rateros para despertar la duda en el corazon de la esposa, inspirar su curiosidad, obtener su confianza y arrastrarla al abismo; que no es nuevo que un hombre honrado, agradecido y de genio franco, ayude al banquero apurado, salve el honor comprometido de los esposos, y desenmascare al infame reduciéndole á sus miserables proporciones; que no es nuevo que una jóven hermosa, pura, angelical, sacrifique su honor y su felicidad por el de su hermana que es esposa, que es inocente y que, sin embargo, puede ser víctima de las apariencias, ya sabemos que esto no es nuevo, que esto existe; pero, ¿saben por ventura los que censuran esta falta de novedad, dónde acaba la naturaleza, y dónde empieza el arte?

Ir á un campo de batalla, aplicarle un objetivo, copiar los ayes de los moribundos y decir que aquello es el *Waterloo* de Victor Hugo en *los Miserables*, es muy fácil para el autor: lo único que sucede es que el público dice que aquello es una fotografia y una copia.

Esto puede ser un traslado de la naturaleza; pero el arte es otra cosa. El arte al presentar el cuadro aparta lo horroroso, todo lo nauseabundo y deja solo el sentimiento de lo terrible, de lo doloroso, de lo cruel. No solo hace sentir lo que se ve, sino que lleva desde el grupo del soldado que espira entre sus compañeros, á la aldea en donde nació, y sin haberla pintado hacer ver á su madre angustiada, á su amada llorosa; ¿pero para qué me canso, si esto lo saben todos los que comprenden el arte? Uno mismo es el pasaje que rodean las sombras de la noche é ilumina despues un sol radiante, y sin embargo, cuando el sol le presta sus rayos admira á los que poco antes no habian visto en él mas que sombras.

Esto puede decirse de la comedia *Quien debe paga*: muchos han presentado el mismo asunto *de noche*, Nuñez de Arce *de dia*.

Para indicar todas las bellezas que encierra, tendria necesidad de dar á mi revista mayores proporciones de las regulares. En Madrid no habrá seguramente ninguna persona amante del arte que no asista á su representacion: el éxito justísimo y brillante que ha alcanzado, la hará desear en provincias, se representará y justificará los elogios que á esta obra ha tributado la prensa.

No quiero sin embargo, dejar de recordar algunos de los pensamientos que en ella abundan.

No es posible pintar las necesidades que impone el lujo á los que viven en cierta esfera, con mas exactitud é intencion que Miguel cuando dice á Mendoza :

«... ¿Acaso olvidas
Que hoy se sostienen queridas
Como un objeto de lujo?
Con cómica indignación
Te quejas porque pasea
La escandalosa librea
De la infamia, ¡hipocritón!
¿A quién engaña tu ardid?
Pues para eso la tienes,
Para que arrastre tus trenes
Por las calles de Madrid.
Cuando con gentil arreo
Y en su linda carretela
Sale al Prado, siendo espuela
Y excitación del deseo.
¡Vamos! sé franco. ¿No goza
Tu corazón porque ves
Que dice el mundo: — Esa es
La querida de Mendoza?
¿No te complace el empeño
Con que la admira y la alaba?
Si en el fausto de la esclava
Se da á conocer el dueño.»

Hé aquí también cómo en la obra piensa la honrada clase media, representada por Roman:

ROMAN.

No ofenderé la memoria
De esos gloriosos patricios
Que con sus altos servicios
Ilustraron nuestra historia,
Ni he de hacerles el ultraje
De negarles el derecho
De ensalzar con lo que han hecho
Su apellido y su linaje.
Esto prueba y acrisola
El vigor de las naciones
Que honran cien generaciones
Con los timbres de una sola.
Ya ve Vd. que no rebajo
A estas clases, no, señor,
Mas la nobleza mayor
Es la que engendra el trabajo
Que humildes ó poderosos
En el siglo diez y nueve
Solo componen la plebe
Los pillos y los ociosos.

Los pensamientos, las frases, las bellezas del diálogo son tantos, que lo mejor que hay que hacer es poseer la comedia y saborearlos en ella.

Pero no terminaré mi ligero exámen sin trasladar aquí tres redondillas, en las que el autor ha encerrado el pensamiento capital de su obra, y que son, por lo tanto, la moral que de ella se desprende. Dice así:

Hay quien tiene la imprudencia
De olvidar torpe y ligero,
O sus deudas de dinero
O sus deudas de conciencia;
Y se forja la ilusión
De que es insolvente, cuando
Está el infeliz pagando
Con su propia estimación,
Porque todo el que se atreve
A prescindir del deber
Se expone siempre á perder
Mucho mas de lo que debe.

Estas redondillas coronan dignamente la comedia. Su ejecución en el teatro del Príncipe es una obra maestra. Matilde estuvo en su centro, ha encontrado un carácter, y le ha creado; las bellezas de la obra en sus labios toman nueva vida. La señorita Boldun, es la Blanca que ha ideado el poeta, tímida siempre, resuelta en el peligro, es la mujer que ha nacido para Roman, bellísimo tipo al que Juan Catalina ha dado todo el relieve necesario para que se le quisiera. Agradecido su papel, le ha proporcionado un verdadero triunfo. Manuel Catalina, que en toda la comedia está á la altura de su merecida reputación, tiene en el tercer acto una escena que es imposible interpretarla con mas acierto, con mas verdad, con mas talento.

Es aquella en que el banquero se sobrepone al hombre, en que ajusta sus cuentas con aparente calma al miserable á quien aborrece y desprecia con toda su alma.

Otra, que ha tenido que improvisar su papel, ha dado una prueba mas de su inteligencia y de sus facultades.

Los actores han compartido legítimamente el triunfo con el autor.

He dicho antes que la zarzuela de Narciso Serra es un idilio. En efecto, aquella niña ciega que vive del cariño de su anciano padre, que pasa su existencia en un jar-

din, en la creencia de que no hay luz, de que es un ser completo, porque su padre se lo ha dicho, y ha procurado que se lo confirmen en esta idea todas las personas que viven á su lado; aquella niña, repito, es la creación mas poética que puede inspirar la musa del sentimiento de lo bello. Pero el idilio toma proporciones de poema. La ciegucecita ha sentido despertarse el amor en su alma, abriga un deseo vehemente que para ella no tiene nombre, cae enferma, está herida de muerte. Su padre se alarma, observa, inquiere, y no tarda en saber la verdad.

Gonzalo, el hombre que ha inspirado tanto cariño á Aurora, es el único que puede salvarla; solo por él accede la ciega á someterse á la cura que debe devolverle la luz.

Todas las situaciones, pero principalmente las de los finales de los dos actos, son admirables. Con esta acción, sentida, delicada, contrastan los episodios en que toman parte el ciego y su mujer, la dueña bachillera; pero los chistes no desentonan al cuadro, contribuyen al claro oscuro.

Puede asegurarse que en esta obra ha encerrado todo su corazón el poeta: es la página mas bella de su historia literaria, la melodía mas pura que ha brotado de su lira.

¡Qué definiciones tan encantadoras de lo que apenas puede definirse! ¡Qué riqueza de imágenes! ¡Qué esencia tan pura es la que se respira en aquel cuadro!

El triunfo ha sido digno de la obra. El público ha oído repetir varios fragmentos del libro, y después de aplaudir á los intérpretes, llamó al autor la noche del estreno dos veces al final de cada acto. El poeta, enfermo, como saben mis lectores, salió en brazos de sus amigos á recoger aquella espontánea y vehemente ovación.

Todas las noches le llama el público, pero no puede presentarse; mientras su musa deleita á los espectadores, él sufre en la soledad, sin mas consuelo que una cariñosa madre y unos pocos amigos que no le abandonan.

La señorita Zamacois ha encontrado en la zarzuela *Luz y sombra* ancho campo para ostentar sus facultades artísticas, no ya como cantante, sino como actriz: tiene momentos en los que raya á gran altura: es la verdad idealizada, es el arte. Sanz acompaña dignamente, Caltañazor está inimitable, y los señores Landa y Calvet contribuyen á la perfección del cuadro.

Blasco ha hecho para los Bufos una deliciosa parodia de la novela *Pablo y Virginia*.

El público se ha reído á riarse. La zarzuela es muy chistosa y abunda en episodios sumamente cómicos.

En la misma obra de que doy cuenta á mis lectores, hay momentos felices, y uno de ellos es el discurso que endilga el gobernador, y que dice Cubero con todo su relieve, para explicar por qué descarga su ira sobre un negro siempre que le irritan los blancos.

Hé aquí cómo habla:

«Yo en mi conciencia rechazo
El sistema tremebundo,
Pero amigo, en este mundo
No hay mas razón que el trancazo.
El hombre, gran fanfarrón,
Es, desde que al mundo vino,
El animal mas dañino
Que tiene la creación.
Se ha encontrado hecho persona
Y ha logrado á su manera
Domesticar á la fiera,
Hacer bailar á la mona:
Encuentra al perro propicio
Para seguirle en dos patas,
Y en fin, á las mismas ratas
Les enseña el ejercicio.
Se atreve con las mujeres,
Insulta á los demás hombres,
Y confundiendo los nombres
De derechos y deberes,
Si le hicieran explicar
Qué es el deber, puede ser
Que respondiera: Deber
Quiere decir... *no pagar*.
Ahora dígame usted á mí
¿De qué manera mejor
Gobierna un gobernador
A una sociedad así!
Dedicándose al solfeo
Y haciendo... lo que yo hago;
¿He de dar golpes en vago?
¡Cojo á un vago, y le golpeo!»

Abandonando los teatros, voy á contar á mis lectores un episodio, que ó mucho me equivoco, ó ha de ponerlos de buen humor.

La escena que voy á referir á mis lectores parece escamoteada á un libro de Paul de Kock, y sin embargo, ha pasado hace muy pocas noches en la calle del Barco.

En una casa de esta calle vive desde hace poco tiempo una señora mayor con dos sobrinas, que son á su vez primas.

La una es soltera, la otra viuda.

La primera vive bajo el mismo techo de su tia; la

segunda se ha trasladado á un solabanco de la misma casa.

La soltera tiene un novio: la viuda quiere volver á casarse.

Así las cosas, dan las nueve de la noche en el reloj de las monjas de San Plácido.

La viuda se ha despedido de su tia y de su prima.
— Me duele la cabeza, les dice, y voy á ver si se me pasa esto durmiendo.

Entra en su habitación con la palmatoria en la mano, como lady Macbeth, y poco después suenan dos golpes en la puerta de su cuarto.

— ¿Quién es?

— Soy yo, contesta una voz varonil.

La puerta se abre, y pasa por ella un jóven rubio.

— ¡Lo que hago por Vd., Pepito, dice la viuda, no lo haría por nadie!

— Ya lo creo, pues no faltaba mas.

— Pero me consta que Vd. me obsequia con buen fin... Así es que esta noche podemos hablar sin testigos, sin que nadie nos interrumpa... he dicho que me duele la cabeza, que me voy á acostar. ¡Ay, Pepito!... ¡qué sacrificios no hace una mujer por el hombre á quien quiere!

Los futuros esposos se entregan á las mas honestas expansiones del amor: él saca de los bolsillos de su paletó dos botellas de Champagne, y ella, de un armario, pasteles, magdalenas y otras golosinas.

El festín empieza: la mas dulce esperanza les sonríe. Pero al llegar á los postres, suena un campanillazo. El, que habia incado el diente á una magnífica magdalena, se detiene: ella apaga la luz.

Otro campanillazo al que acompañan tres fuertes golpes en la puerta de la calle.

— ¿Quién es? dice la viuda.

— Soy yo... tu tia... te has subido la llave, y nos hace falta.

— Yo no me la he subido.

— Sí, mujer... anda pronto, que está llamando el novio de tu prima, y ya sabes que si no le abren pronto, se escama.

Los tres golpes se repiten abajo, y la primita sale á la escalera.

— Ande Vd., tia... baje Vd. la llave, que se va á marchar.

— ¿Me esconderé? dice Pepito.

— No, no entrarán: yo saldré á darles la llave.

— Pero como la creen á Vd. en la cama, si la ven vestida...

— Es verdad... ¡qué hacer!

— Aligerarse de ropa.

— Delante de Vd... no, por cierto.

— Pero si estamos á oscuras.

— Pronto, esa llave...

— Ya voy... ya voy.

Los golpes en la calle continúan: la novia desde el balcón grita:

— ¡Ya van! ¡ya van!

— Es que si no me abren pronto, me largo y no vuelvo, dice el novio.

Esta amenaza lleva á la prima á la escalera.

— Esa llave... esa llave... grita desesperada.

— Ya va á dármele... ya abre... Gracias á Dios, mujer.

— He tenido que ponerme una enagua... no era cosa de coger un resfriado.

— Vaya, que pases buena noche, adios.

— Ahí va la llave.

La maritornes la coge y baja precipitadamente, al mismo tiempo que el aldabon repiquetea.

Los vecinos de la calle salen á los balcones.

El tendero de enfrente, que es malicioso si los hay... se ríe.

Al fin llega la criada á la puerta, y metiendo la llave en la cerradura, exclama:

— Si no es esta... ¡pues no me han dado el picaporte!... Espere Vd. un instante, señorito.

— No espero mas.

— Bajo en seguida.

— Agur.

La criada sube precipitadamente, se pisa el vestido, se cae, se le apaga la luz y rueda las escaleras.

— ¿No has abierto, mujer? le pregunta la novia impaciente.

— ¡Ay! no, señora... ¡ay, ay! me han dado Vds. el picaporte... ¡ay, ay!

La prima sube hasta el solabanco, y con nerviosa mano agita el cordón de la campanilla...

— ¡Dame la llave, la llave! grita.

— ¡Otra vez! Si la tiene la tia.

— Lo que tiene es el picaporte, y yo quiero la llave.

— La buscaré.

— Abre... abre...

— Escóndase Vd. pronto... debajo de la cama...

— Abre... ó echo la puerta abajo.

La viuda abre, y mientras enciende luz su prima, entra en el gabinete y tira el velador donde están los manjares y los platos.

— Toma la llave... tómala, y vete con dos mil diablos, dice la viuda sin pasar de la sala.

Pero Pepito ha sido indiscreto; ha dejado el sombrero sobre la consola.

— ¡Un sombrero aquí! dice la prima.

— Sí... un sombrero... voy á aprender á montar...

— Que se marcha Ricardo, dice la tia entrando.

— Voy... voy...

Y la jóven baja volando la escalera.

Abre la puerta... y ya no estaba el novio. Desesperada, vuelve á subir y llama al cuarto de la viuda.

— Por tí he perdido un novio, dice furiosa; pero tú me las pagarás. Desde este instante voy á ponerme en acecho para saber de quién es la cabeza del sombrero que tienes en la consola.

— ¡Qué hacer! dice Pepito *sotto voce*; si me acecha, no puedo salir de aquí sin comprometerla á usted.

— Pues lo que es aquí no puede usted quedarse... Si no estuviera tan alto el balcon...

— ¡Un cuarto piso! *vade retro*.

— Lo mejor, es confesar la verdad... Vamos á bajar juntos á casa de mi tía, la pide Vd. mi mano y se va usted.

Dicho y hecho.

Pepito llega al Casino despues de tantas desventuras, cuenta el lance, y...

— ¿Piensas casarte con ella? le preguntan.

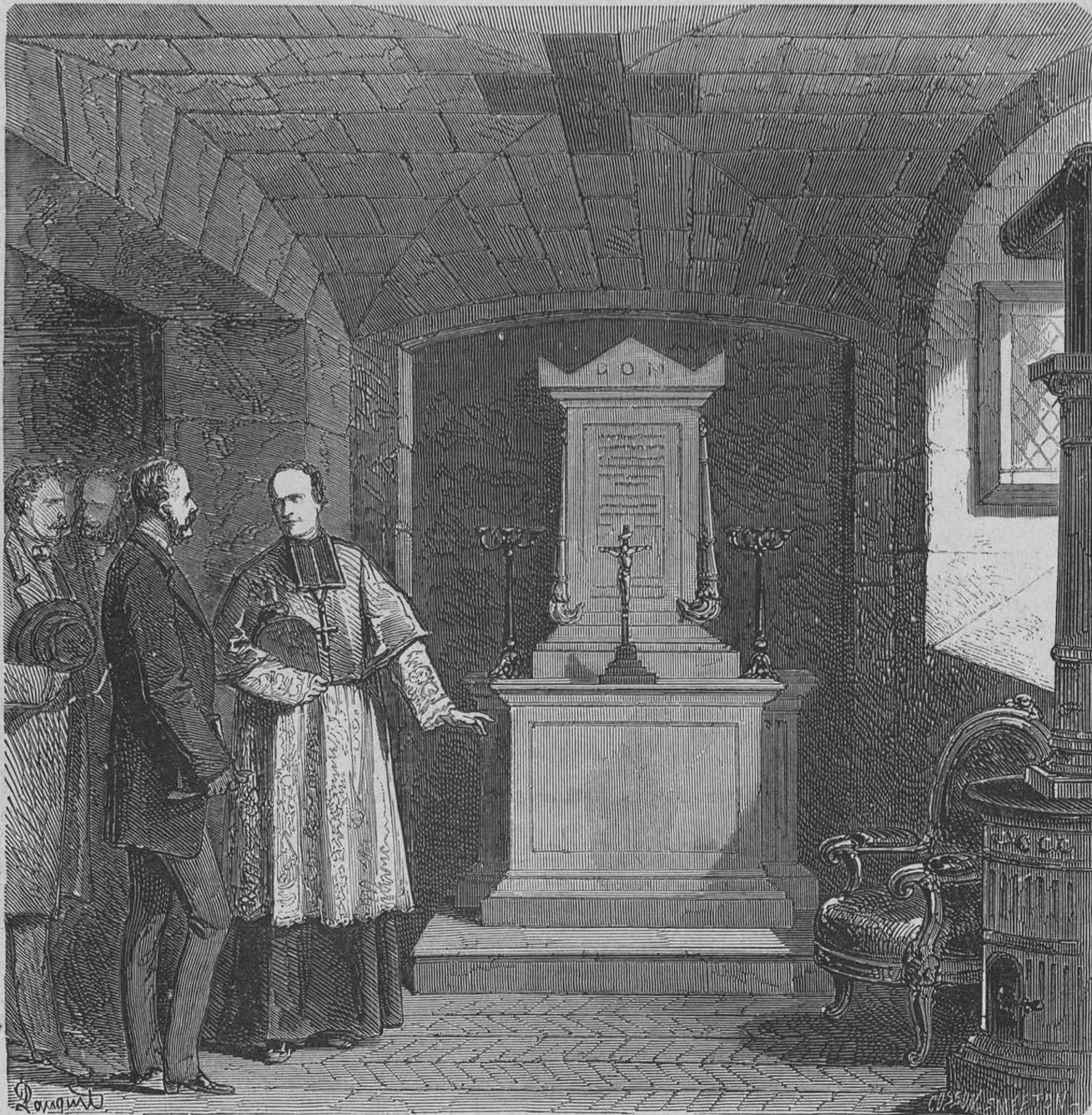
— Desde luego, contesta, pero antes es preciso que trascurren cien años á ver si se me quita el susto.

La viuda no ha vuelto á verle el pelo.

Hablemos de otra cosa.

Se ha introducido en algunos círculos madrileños una diversion inglesa, que consiste en hablar al revés.

El invierno último, los graves y sesudos hijos de Albion se divertian hablándose, en sus momentos de



EL EMPERADOR DE AUSTRIA EN PARIS. — El emperador Francisco José acompañado del señor arzobispo de Paris, visita el calabozo de María Antonieta, en la Conserjería.

buen humor, de esta manera.

Para decir *Penny*, por ejemplo, pronunciaban *Ynney*.

No sé quién ha transplantado este sistema, pero es lo cierto que una de estas noches hacia las delicias de unas cuantas señoritas, que sin duda se consuelan con este inocente juego del pesar que les causa no lucir su belleza en las orillas del Océano, en los baños de las provincias ó en la Exposicion universal.

Hasta que el sexo feo se aleccione en esta especie de gimnasia de la palabra, podrán las bellas comunicarse sus impresiones sin peligro de que se sorprendan sus secretos.

La otra noche entró un jóven en el salon en que hablaban las lindas desocupadas, y hé aquí las frases que pude coger al vuelo:

— ¿Et alsug ese nevoj? dijo una á otra.

— Se yum osos.

— Nis ograbme, se ocir.

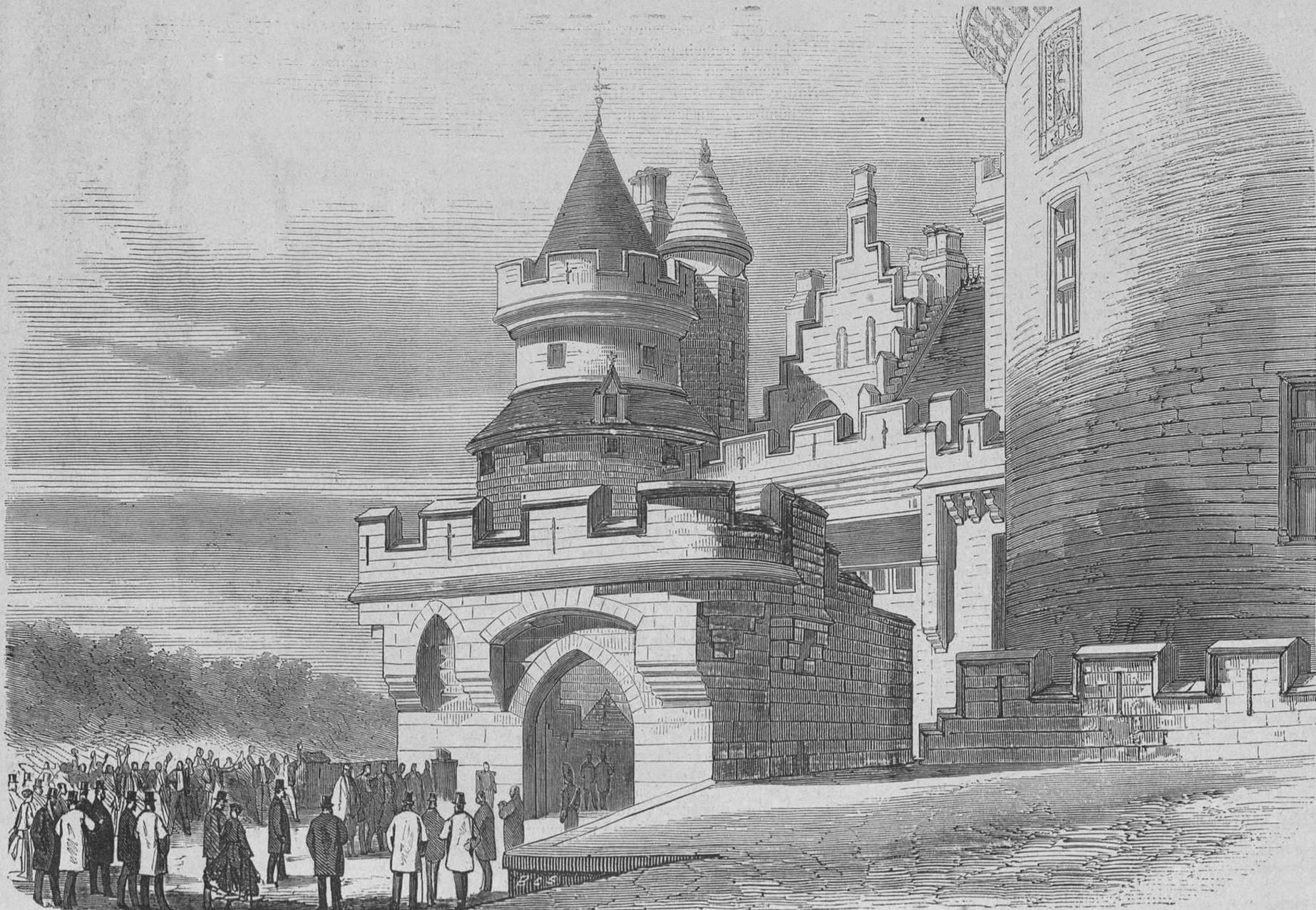
— ¿Et sairasac noc lé?

— Oy ís.

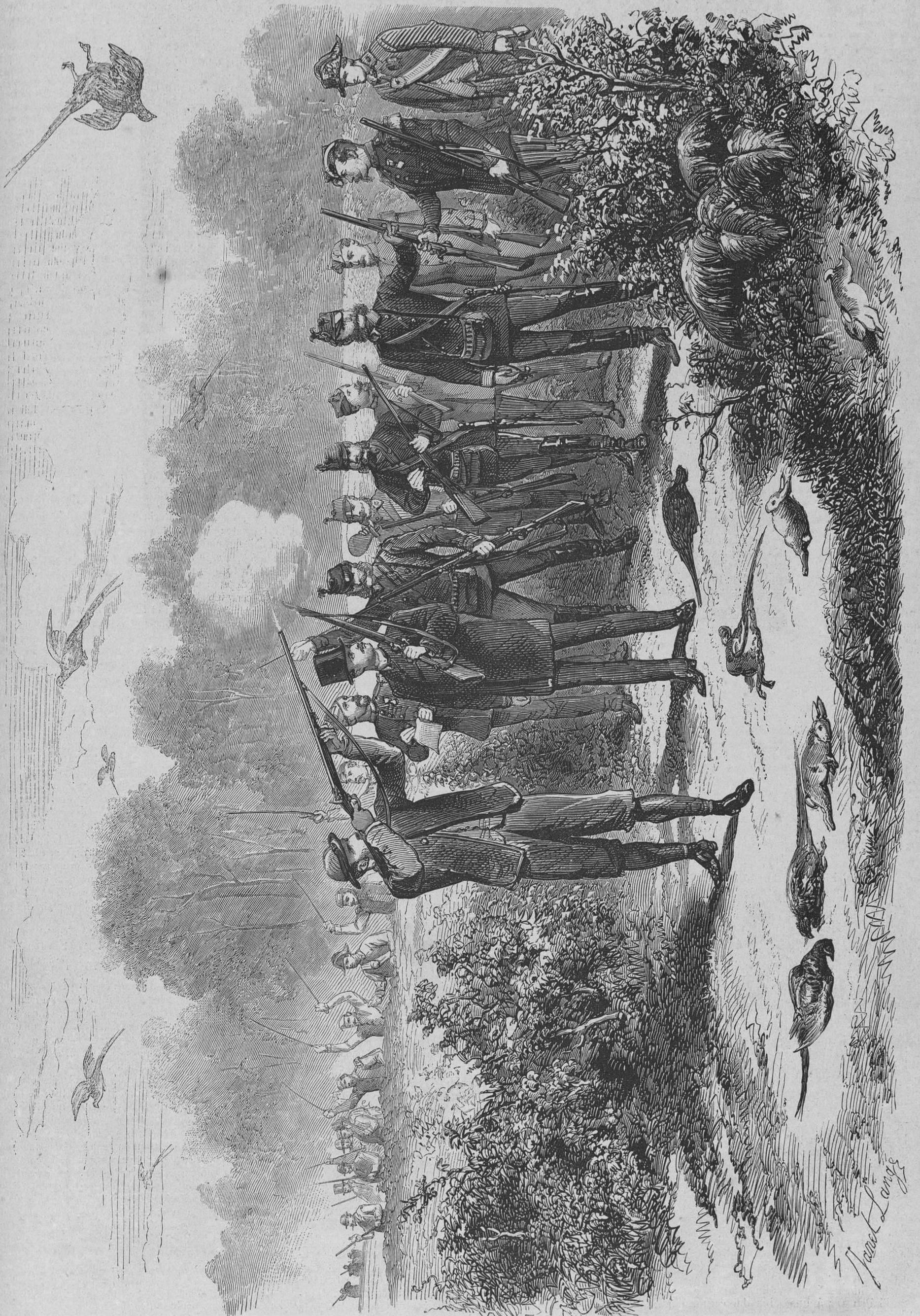
— ¡Seup neub ohcevorp et agah!

Aunque parezca pueril este entretenimiento, estoy seguro de que por ser de origen extranjero, hará fortuna en España.

Lo mejor que tiene, es que en una sola leccion se aprende



Excursion al castillo de Pierrefonds. — Entrada de SS. MM. por la puerta del Castillejo.



Su Majestad el emperador de Austria en Compiegne. — Cacería en la selva.

de este extravagante idioma, que tan difícil parece. La última anécdota.

Un pintor muy apreciado y distinguido hoy, pero que ha sido pobre, recibió la visita de un caballero.

— ¿Qué desea usted?

— Aunque ya no se estilan, desearia que me hiciera un retrato al oleo como el que le encargué hace seis años.

— Con mucho gusto.

— ¿Y cuánto?

— Dos mil duros.

— ¿Está Vd. en su juicio?

— Me parece que sí.

— Pero hombre de Dios, si hace seis años me llevó usted una onza!

— No lo dudo, pero ¿á que no sabe Vd. por qué?

— No lo divino.

— Pues era porque estábamos en diciembre, y yo iba todavía vestido de verano.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de octubre de 1867.

El emperador de Austria en Paris.

(Conclusion.)

Al otro día de la comida del Hotel de Villa, esto es, el 29, el emperador de Austria, despues de haber dado un paseo á pié por los Campos Eliseos y por el jardin de Tullerías, tomó asiento en su coche con sus hermanos y marchó á Saint-Cloud. El baron de Beust, el conde Andrassy, el príncipe y la princesa de Metternich y otros personajes de distincion acompañaban á S. M., que el emperador Napoleon y la emperatriz Eugenia recibieron á la entrada de la verja de honor. A poco rato una brillante fila de carruajes descubiertos (habia veinte) salia de palacio. En una carretela que marchaba á la cabeza, iban la emperatriz, la reina de Holanda y el emperador Francisco José. En los demás vehículos estaban los archiduques y los convidados, cuyo número se elevaba á ciento veinte. La comitiva formaba un bonito cuadro. Los caballos volaban estimulados por postillones vestidos con pintorescos trajes.

El cortejo tomó el camino de Versalles, pues en efecto Francisco José habia querido visitar Versalles, esa victoria del arte sobre la naturaleza, ese palacio donde han ocurrido tan memorables acontecimientos.

Nada se libró en efecto de la curiosidad del emperador de Austria. Guiado por la emperatriz Eugenia, visitó, despues de haber subido la escalera de mármol, el cuarto de Luis XVI, las habitaciones de Maria Antonieta, el salon del trono, el teatro, la capilla, y finalmente, el museo histórico, consagrado por el rey Luis Felipe á las glorias de la Francia.

Luego los augustos visitantes pasaron á los jardines, y atravesando el parterre del Norte y el parterre de Latona, llegaron al Pequeño Trianon, donde el almuerzo les esperaba. Corto fué el descanso, al cabo del cual continuaron las exploraciones. Visitaron la granja y la lechería, y todos los rincones de aquel Trianon donde la reina Maria Antonieta pasó las mejores horas de su vida.

Los recuerdos de esta infortunada reina llamaron mucho la atencion del soberano austriaco. Algunos días antes habia visitado en la Conserjería el calabozo donde fué encerrada del 5 de agosto al 16 de octubre, calabozo del que apenas queda otra cosa que el pavimento. En el fondo han construido un altar, y la reja detrás de la cual estaban los vigilantes guardianes, ha desaparecido. Pero la sombra de Maria Antonieta está siempre ahí mas viva que en Trianon, pues en ese calabozo se mostró verdaderamente grande y fuerte.

A las cinco y media de la tarde, Francisco José regresaba de su excursion á Versalles, y poco despues se sentaba á la mesa de la princesa de Metternich, que llevaba un vestido blanco sencillamente adornado con cintas amarillas ribeteadas de negro, el color de la casa de Austria. La mesa estaba espléndida, y en ella figuraba el admirable adorno que Napoleon I, cuando se casó con Maria Luisa, regaló al príncipe de Metternich.

El 30 otro banquete de gala en el Eliseo. Entre los convidados del emperador de Austria figuraban los embajadores de las diversas potencias: el baron de Beust, el conde Andrassy, los mariscales Canrobert y Regnault de Saint-Jean-d'Angely, los ministros, el arzobispo de Paris, el prefecto del Sena, etc. Su Majestad fué aquella noche al teatro de la Puerta de San Martín, en donde le hizo el público la mas entusiasta acogida.

El 31 Francisco José continuó en Paris sus visitas. Primero estuvo en la Exposicion, luego en el museo de Artillería, y despues, acompañado de M. Edgardo Ney, del conde de Nieuwerkerke, intendente general de los museos, del general Bellegarde, del mayor Paas y del capitán Walzel, visitó detenidamente el palacio del Luxemburgo, ese monumento que mandó elevar Maria de Médicis sobre el modelo del palacio Pitti, de Florencia. Por la noche fué al teatro Italiano, donde se representaba *Crispino e la Comare*, y el monarca, que no fué menos aplaudido aquí que en la Puerta de San Martín, aplaudió á su vez á una reina del canto, á la Adelina Patti.

Durante los dos últimos días de su estancia en Paris,

visitó la casa de Moneda y los Mercados; la manufactura de los Gobelinos, que estableció en la época de Francisco I un tintorero en lanas, Gil Gobelin, hombre tan hábil, que formalmente creyeron tenia hecho un pacto con el diablo; y finalmente, vió tambien las catacumbas, ese inmenso osario, esa ciudad subterránea cuyas calles corresponden á las de la ciudad de los vivos.

En todas estas visitas tan diversas el emperador puso el mismo cuidado en no dejar escapar nada de lo que merecia ser visto, y en anotar todo aquello que le pareció interesante.

Pero lo que particularmente le agradó, fué el paseo libre por las calles al través de la animada muchedumbre. Considerábase feliz cuando le reconocian, y feliz igualmente cuando era lo contrario. Con efecto, si es verdad que las ovaciones populares agradan, no lo es menos que incomodan un poco para ver y oír debidamente. En suma, Francisco José ha quedado enamorado de la capital de la Francia. «No hay mas que un Paris,» dijo la vispera de su marcha; y al punto de partir dijo tambien: «No os digo adios, señores, sino hasta mas ver.» Es un compromiso formal, y no hay motivo para dudar de la palabra.

El domingo á las doce del día los dos emperadores marcharon á Compiègne, en cuyo punto estaba desde la vispera la emperatriz Eugenia.

Aquí, en esta ciudad histórica, á la que demostraron tanta aficion los reyes carlovingeos, donde Luis XVI recibió á su llegada á Francia á la archiduquesa de Austria Maria Antonieta, y Napoleon I á la archiduquesa Maria Luisa, debía tener fin en la intimidad la estancia del emperador Francisco José entre los franceses. Verosímilmente no se dispuso así por un acaso, sino que ha habido una intencion en esta disposicion final del programa. El prólogo fué Salzburgo, el epílogo Compiègne.

Sin embargo, por grande que haya podido ser la intimidad de estas últimas horas, no ha suprimido ninguna de las diversiones convenidas. Los dos emperadores, la emperatriz y su séquito hicieron una alegre excursion al castillo de Pierrefonds, nido de águila sentado sobre un peñón á pico, temible fortaleza reconstruida por Luis de Orleans, tomada por Enrique IV y desmantelada por Luis XIII.

Hace algunos años Napoleon III ordenó su restauracion, que tanto honra al célebre arquitecto M. Viollet-Leduc, y hoy se eleva mas formidable que nunca sobre el valle que domina. En el día se la ve tal como fué antes, con sus murallas exteriores, sus fosos, sus puentes levadizos, su torreón fortificado y sus nueve torres que todas ellas, menos la cuadrada, tienen un nombre sonoro: Carlomagno, César, Artus, Godofredo de Buillon, y Josué, David, Hector y Alejandro.

No se vaya á creer que se hayan olvidado de las damas. En el salon de las armaduras hay una chimenea inmensa donde están las estatuas de una porcion de heroínas, como Semiramis, Hipólita, Thomiris, etc., etc.

Despues de la excursion, la caza. El emperador Francisco José repitió en la selva de Compiègne sus proezas de la selva de San German, que sorprendieron tanto á todos los presentes.

Finalmente, el lunes á las nueve de la noche, el emperador Francisco José salió del palacio de Compiègne, y dejó la Francia el martes á las diez de la mañana.

C. P.

Revista de Paris.

El domingo último contemplamos un espectáculo de desolacion que habia sido hasta aquí un cuadro nunca visto de animacion y de alegría. Era el palacio de la Exposicion universal de 1867, en cuyo derredor no circulaban ya mas que los agentes destructores. La mayor parte de los escaparates donde habiamos admirado durante tantos meses las obras mas notables de la industria moderna, estaban vacíos como los nichos sepulcrales de un campo santo que esperan los féretros. Por todas partes se oía el ruido fatal del martillo. Los ingleses siempre activos, todo se lo han llevado ya, y las demás naciones se apresuran á embalar á toda prisa sus productos.

¡Cosa singular! Así como en la instalacion nadie estuvo pronto para el día prefijado, así ahora se diria que hay rivalidad para acabar cuanto antes la tarea destructora. Los dorados, las pinturas, las colgaduras, presentan un aspecto que hace daño á la vista. Aquella seccion de bellas artes cuajada de lienzos y de estatuas se ha desvanecido como por encanto, y el imponderable Museo arqueológico que se llamaba la Historia del trabajo, no era otra cosa que un depósito de cajas de madera que esperan el instante de diseminarse otra vez por el mundo.

La maquinaria continuaba armada todavía, pero inmóvil y silenciosa, como si jamás hubiese estado en movimiento, como si no hubiese hecho nunca la admiracion de los que se interesan en las cosas de la industria.

En cuanto al parque, el espectáculo que presentaba era mas triste todavía. Siquiera en el palacio habia gente ocupada en recoger y en embalar los productos; mas en el parque no parecia un alma, y la fria neblina de una tarde de noviembre daba á las solitarias construcciones aspectos extraños que por instantes nos las hacia desconocidas. Toda la parte oriental tan risueña, tan animada este verano, inspiraba una inexplicable tristeza. Las puertas estaban cer-

radas, y los celadores turcos, egipcios y berberiscos que antes las guardaban habian desaparecido. Dicese que la mayor parte de ellos marcharon ya á su tierra, sin querer esperar á que se hiciesen las demoliciones. Los primeros rios de Paris les pusieron en fuga.

Es deplorable que hayan de destruirse unas construcciones como el palacio del bey de Túnez, el templo mejicano, el isbah de los rusos, las casas española y portuguesa, el bazar egipcio, el teatro chino, la granja holandesa, y tantas otras curiosidades que han representado en el Campo de Marte la vida de todos los pueblos del universo. Y sin embargo, no hay remedio, está decretado así, y todos esos edificios quizás ya no existirán dentro de ocho días.

Mientras en el Campo de Marte se trabaja así para que en un breve plazo no quede rastro alguno de lo que fué la brillante Exposicion universal de 1867, en el Hotel de Villa se destruyen tambien las obras provisionales que se habian hecho con el fin de ensanchar y embellecer el edificio donde habian de tener lugar fiestas tan magnificas. Un beneficio le resulta á Paris de todo esto, y es que la poblacion flotante ha disminuido considerablemente y que por lo tanto los precios de los comestibles han principiado á entrar en su estado normal, que es el que tenian antes del mes de mayo. Desgraciadamente, el pan está caro este año, y á no ser por ello la disminucion general á que nos referimos ya se notaria. Los grandes hoteles de Paris anuncian en los periódicos que han rebajado sus precios considerablemente, y los cocheros de plaza no se muestran tan fieros con los transeuntes como meses atrás, señales infalibles de que la poblacion sedentaria y flotante de Paris ha vuelto á entrar en sus limites naturales.

Mas de una vez hemos hablado en estas revistas de ciertos caballeros de industria que explotan la credulidad pública ofreciendo mediante primas y fianzas, diferentes empleos que sirven de cebo á sus víctimas. Esta semana señala la prensa uno de estos expedientes para sacar dinero á los incautos, imaginado con una habilidad suma.

Días pasados los periódicos franceses contenian un anuncio emanado de una supuesta agencia de empleos, á nombre de un tal Mosdorfor, domiciliado en Lóndres, Deborah-Terrace, Wick-Road, Hackney, de cuyo anuncio resultaba lo siguiente:

Una gran casa de comercio de Lóndres que habia encargado á M. Mosdorfor, en clase de agente general, que reorganizara todo su personal, necesitaba entre otros empleados un dependiente de origen francés que pudiese ocuparse en la correspondencia. El sueldo destinado á este dependiente era, segun decia el anuncio, de 150 libras esterlinas anuales, y bajo este concepto M. Mosdorfor suplicaba á todos los jóvenes que desearan desempeñar este empleo, que le dirigiesen á él las solicitudes.

Seducidos por este sueldo tan bonito para un principiante, dos ó tres jóvenes parisienses escribieron al referido agente general y se propusieron como candidatos despues de haber dado á continuacion de sus hojas de servicio las garantías de costumbre.

No tardó uno de estos jóvenes en recibir una contestacion de M. Mosdorfor, quien declaraba al aspirante que habiéndolo reflexionado bien, le consideraba como el mas capaz entre todos aquellos que se habian ofrecido para desempeñar el empleo vacante, y que por lo tanto se hallaba dispuesto á recomendarle á los directores de la casa de comercio que le empleaba á él.

Sin embargo, antes de dar paso ninguno pedia al joven que le enviara á vuelta de correo: 1º un billete de banco de 50 francos á título de prima, y por si no se hacia el negocio, y 2º un contrato en papel sellado, en cuya virtud el corresponsal debia comprometerse á pagar á su bienhechor la cantidad de 182 francos 50 céntimos, ó sea el 5 por 100 de la totalidad del sueldo que habia de recibir durante su primer año de servicio.

Estas condiciones parecieron tan extrañas al solicitante, que para salir de las dudas que le inspiraban tomó el partido de escribir á la justicia dando parte de las proposiciones de M. Mosdorfor.

Inmediatamente se pidieron informes á las autoridades locales, y estas se apresuraron á contestar que el señor agente que se decia encargado por una gran casa de comercio de reorganizar su personal, habitaba una misera guardilla, que con muebles y todo no le costaba cuatro francos por semana, ignorándose además cuál era el género de ocupacion de semejante inquilino.

Todas estas indicaciones fueron comunicadas al punto al joven corresponsal, quien se guardó muy bien de enviar al supuesto agente la prima ni la obligacion que le habia pedido.

Vemos pues que si en Paris aguzan su ingenio los caballeros de industria, no les van en zaga sus hermanos de Lóndres. Y á propósito de esto vamos á citar á continuacion un gracioso chascarrillo que refiere el *Internacional*, periódico francés que se publica en la capital de Inglaterra.

Vere-street, detrás de Clare-Market, es una de las calles mas miserables de la metrópoli. Frente por frente de una carnicería, y muy cerca del sitio en que este pasaje fangoso desemboca en Queen-street hay una tiendecilla de un prestamista sobre prendas.

Esta tiendecilla pertenece á M. James Knox, un hombre muy conocido de la policia, que ha sido ya condenado diferentes veces por encubridor de objetos robados, lo cual le ha dado naturalmente la peor fama.

Una de estas últimas noches, á eso de las once, M. Knox acababa de cerrar su tienda y se disponia á acostarse,

cuando de repente oyó llamar á la puerta de la calle. El viento soplabá á la sazón violentamente y M. Knox creyó que se había engañado; pero al cabo de una corta pausa resonaron los mismos golpes.

— Adelante, gritó el usurero.

Mas la puerta permaneció cerrada y no había pasado un minuto cuando llamaron de nuevo.

— Adelante, no hay mas que levantar el picaporte, exclamó M. Knox con impaciencia.

Esta vez la puerta giró sobre sus goznes y apareció en sus umbrales un personaje de aspecto rudo, vestido con el traje de los marineros de Wapping.

El desconocido echó una mirada en derredor, luego cerró la puerta, y despues dirigiéndose con mucho misterio á M. Knox, le preguntó:

— ¿Quiere Vd. hacer una buena compra?

— ¿Qué compra es?

El desconocido le presentó cuatro magníficos brillantes diciendo:

— ¿Cuánto me da usted?

— ¿De dónde ha sacado Vd. estos brillantes? preguntó M. Knox fijando una mirada recelosa en el marino.

— Eso es lo de menos, respondió aquel hombre. ¿Cuánto me da Vd. pues?

— Valen sesenta libras esterlinas; pero yo no puedo dar mas de cuarenta.

El marino se encogió de hombros.

— Se equivoca Vd. y mucho; estos brillantes valen cuatrocientas libras esterlinas.

— Si Vd. quiere ese precio...

— No, señor; deseo salir cuanto antes del negocio y los daré...

— ¿Por cuánto?

— Por ochenta libras.

Los brillantes despedían rayos luminosos; y M. Knox deslumbrado se apresuró á entregar al marino la cantidad que le había pedido.

El vendedor salió inmediatamente.

Una vez que se encontró solo, el usurero palpó su tesoro con mano trémula. Pareciale que el mirar aquellos brillantes le embriagaba: sus ojos lanzaban chispas como las piedras preciosas que estaban contemplando.

Mas hé aquí que de repente llaman de nuevo á la puerta. M. Knox, asustado hasta lo sumo, esconde los brillantes, y al abrir la puerta reconoce á un joyero de Queen-street con quien había hecho muchos negocios.

Este joyero compró varias alhajas, y luego, antes de retirarse, preguntó á Knox:

— ¿No tiene Vd. ninguna otra cosa que vender?

El usurero vaciló sin desplegar los labios.

— Mírelo Vd. bien, continuó el otro, y me empeño por bien de Vd., pues me siento esta noche con buenas disposiciones para hacer compras.

Knox sacó con mucha timidez los brillantes que había escondido en su seno, y los enseñó al recién llegado, el cual soltó un grito de admiración.

— ¿Cuánto quiere Vd.? preguntó este último con voz trémula.

— Ya ve Vd. lo que valen...

— Sí, sí; pero ¿cuánto quiere usted?

— ¿Cuánto me da Vd. pues?

— Trescientas libras, respondió con precipitación el joyero.

Y hablando así, sacó un legajo de billetes de banco que extendió á la vista de James Knox.

No se habían pasado muchos minutos, cuando el prestamista contaba y recontaba sus billetes de banco, en tanto que el joyero se llevaba los brillantes.

El usurero no pudo dormir en toda aquella noche, y se levantó al otro día muy temprano medio calenturiento, tal fué la excitación que le produjo el negocio.

Al salir de su tienda se encontró de manos á boca con el consabido joyero.

— Amigo mio, creo que los dos debemos estar contentos, dijo Knox llegándose á él.

— ¿Y por qué motivo?

— Por el buen negocio que hemos hecho anoche.

— ¿Negocio, nosotros dos anoche! No entiendo.

— ¿Cómo es eso? ¿Ya no se acuerda Vd. de los brillantes?

— De veras que no comprendo lo que me dice usted.

— ¿Pues no se acuerda Vd. que me ha comprado unos brillantes ayer noche?

— Usted está soñando.

Knox tembló un instante sobre sus piernas como un hombre que está beodo; y luego corrió á su tienda, abrió su arca y echó una mirada á su contenido. Allí estaban efectivamente los billetes, que contó con angustia, y despues miró al trasluz.

¡Oh desesperación! De repente, y como por arte del diablo, aquellos billetes comenzaron á borrarse, y al cabo de algunos minutos Knox pudo convencerse de que no tenía en sus manos otra cosa que unos papeles blancos.

El usurero se halla hoy en el hospital de Chavines Cross, atacado de una terrible fiebre.

Volviendo ahora á Paris, diremos que no están abundantes de anécdotas las crónicas semanales.

Lo mas notable es una parodia de un hecho célebre que por fortuna no ha tenido los funestos resultados que habrían podido esperarse.

Sabido es que á consecuencia de una comilona que tuvieron en el pueblecillo de Auteuil, La Fontaine, Molière, Chappelle y Racine, acometidos por un esplin invencible, resolvieron arrojar al río,

Con efecto, poseidos de esta idea, se encaminaron hácia el Sena, y probablemente nos hubieran privado de leer algunas de sus obras maestras, si Boileau, que se encontró en el camino que llevaba el fúnebre grupo, no les hubiera convencido á que aplazaran su determinación para el siguiente día. Creemos inútil añadir que cuando llegó la hora del plazo, la razón había vuelto á invadir aquellos cerebros privilegiados.

Tres jóvenes que valían mucho menos, literariamente hablando, pero que se hallaban en las mismas condiciones, resolvieron hacer una parodia del hecho anterior, con cuyo fin se dirigieron hácia el río que baña la capital de Francia. Uno de ellos se arrepintió en el camino y pudo escabullirse; siguiendo los otros dos en sus propósitos, llegaron al río y se precipitaron desde un puente; mas arrepentidos al sentir la frialdad del agua, comenzaron á gritar desahoradamente, pidiendo socorro, que por fortuna les prestaron á tiempo varios marineros, extrayéndolos del agua.

Otro hecho de diversa índole ha tenido lugar estos últimos días.

Un guarda del ferro-carril del Este llamado Moreau, ha sido víctima de una serie de acontecimientos dramáticos que vamos á citar, para demostrar hasta dónde ha llegado la extraordinaria energía de este hombre.

La noche del último viernes se retiraba Moreau á su casa por la vía férrea, cuando la llegada de un tren de mercancías le obligó á arrojar al lado, y deslizándose por un talud, esperó el tren. Engañado por la oscuridad, saltó á la vía cuando juzgó que el tren había pasado, pero desgraciadamente fué atropellado por el último wagon. Con la espalda horriblemente mutilada, las costillas fracturadas y un brazo casi despojado de las carnes, se levantó, prosiguiendo su camino á pesar de sus atroces dolores. Abatidas sus fuerzas, al llegar al puente de un canal quiso apoyarse en su balastrada, y cayó al agua. Luchando entonces contra la muerte, Moreau desplegó una energía sobrehumana, y reuniendo las pocas fuerzas que le restaban, pudo tomar á nado la orilla, donde cayó desfallecido. Reanimado al poco rato, emprendió otra vez el camino de su casa, á la que por fin llegó, despues de sufrir el horrible suplicio que fácilmente se puede calcular. El médico de la compañía, que asiste al hombre dotado de ánimo tan extraordinario, desconfia de la eficacia de la ciencia para salvarle, tan deplorable es su estado.

Concluyamos como de costumbre con una breve ojeada á los teatros parisienses.

En el de la Opera se ha presentado el miércoles un joven tenor llamado Colin, que se ha estrenado con el difícil papel de don Ottavio en el *Don Juan* de Mozart. Su voz de escaso volumen, pero agradable y simpática, habría bastado para el desempeño del papel, si este no necesitase grandes cualidades de actor que á M. Colin le faltan. De todos modos, la prueba salió bien, y el nuevo tenor fué aplaudido justamente. El público comienza á comprender que se han acabado hace tiempo los Rubini y los Mario, y se contenta con mas facilidad que antes. Luego hay que decir también que el conjunto era magnífico: Faure hace un protagonista admirable, y la Sass (doña Ana), y la Battu (Zerlina), con un Leporello como Obin, forman un cuadro completo.

En la Opera Cómica se está esperando de día en día la primera representación de *Robinson Crusoe*, la nueva partitura del compositor Offenbach, el mas fecundo y alegre de los actuales maestros de la Francia.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

EL GENIO.

Astro sublime de un mundo
Al que no podemos ver,
Mas que de tus rayos ígneos
Al prismático través:
Espíritu que has nacido
En un misterioso eden
Para revelar al hombre
La grandeza de su ser:
Tú del templo de la gloria
Te páras en el dintel,
Mostrando en la excelsa mano
Roto el cetro de la ley.
Tu clarín vibró en los aires,
Hizo al mundo estremecer,
Y te escuchó entusiasmado,
Y te veneró con fe,
Y oyó brotar de tu cáuce
La gran fuente del saber
En la cítara de Momero,
En el cinnor de Moisés.
Te abrió la naturaleza
Su magnífico dosel,
Y se vieron en el lienzo
Jardines aparecer;
Y mares llenos de espuma,

En cuyo golfo se ven
Romperse las verdes ondas
En la prora del bajel;
Y capullos entreabiertos
Bañados de rocicler,
Y racimos como el oro
De flores en un vergel.
A tu voz las armonías
Se agruparon en tu sien,
Y mil pueblos te arrojaron
Sus coronas de laurel.
Soñaste con la escultura,
Y por la primera vez
Obedecieron las piedras
A la magia del cincel.
Has inventado un infierno
Donde hemos visto, á través
Del reflejo de las llamas
Los encantos del eden.
Tú lloras de los sepulcros
Bajo el lúgubre ciprés,
Entusiasmas en la guerra,
Conmueves en la mujer.
Eres profundo en Atenas,
Eres grandioso en Balbek,
Enamorado en Italia,
Profético en Israel.
¡Salve, Genio! ¡que te acaten
Las naciones como rey
Y los siglos admirados
Se arrodillen á tus piés!

JULIA PEREZ MONTES DE OCA.

Sucesos de Italia.

DESÓRDENES EN ROMA.

El *Diario de Roma*, periódico oficial del 23, nos da las noticias siguientes sobre los desórdenes habidos en esta ciudad:

«Ayer noche unos garibaldinos que se habían introducido secretamente en la ciudad, provocaron, valiéndose de bribones pagados en la hez del pueblo, turbar el orden público que hasta aquí se había mantenido constantemente. Así querían tener un pretexto cuyo objeto conoce hoy todo el mundo, y que hace tiempo se busca. El movimiento comenzó por la explosión de una bomba Orsini arrojada en la plaza Colonna, pero que felizmente no causó daño alguno. Despues tuvo lugar la explosión que hizo algunas víctimas en la banda de músicos de los zuavos. Al mismo tiempo una partida, compuesta de la turba de que hemos hablado, se fué al Capitolio para atacar allí á un cuerpo de guardia; mas la resistencia que encontró por parte de las tropas, resistencia apoyada por algunos tiros de fusil, bastó para dispersarla y ponerla al instante en fuga. El mismo hecho se reprodujo en algunos otros puntos de la ciudad. En los ataques sostenidos por las patrullas ordinarias de ronda, un cabo y un gendarme fueron muertos y dos soldados heridos.

» Mas abajo del Capitolio se ha encontrado el cadáver de un desconocido en medio de una cantidad de armas abandonadas, y cerca del Ponte Rotondo se han hallado otros dos cadáveres, uno de ellos con camisa encarnada, y que tenía á sus piés una vaina de puñal. Por los rastros de sangre que se han reconocido en varios sitios, se puede creer que un crecido número de amotinados han salido heridos. Mas de cien individuos han sido presos; suplicaban que les perdonaran la vida, y muchos de ellos gritaban ¡Viva Pio IX! pidiendo gracia. También han sido presos varios individuos disfrazados de zuavos, la mayor parte de ellos extranjeros. En cuanto á los romanos presos, son hombres de la clase mas baja y han confesado que habían sido ganados por dinero para hacer el motin. Este movimiento fué de corta duración. Las tropas de todas armas han cumplido valerosamente con su deber, y la ciudad entera, indignada y aterrada un instante con la audacia de los revoltosos, no solo no tomó ninguna parte en la sedición, sino que ha demostrado y continúa demostrando con su actitud el mas profundo desprecio y la mas viva reprobación por este inicuo atentado.»

Nuestro corresponsal añade las siguientes líneas para la debida explicación de los dibujos que acompañan:

«Mi primer dibujo, dice, representa la *piazza del Popolo*, ocupada por las tropas pontificias dispuestas á hacer una salida. Desde que se proclamó el estado de sitio, esta plaza está siempre guardada, y la gente no puede pasar por ella. La medida fué adoptada cuando se adelantaban hácia Roma los garibaldinos.

» El segundo representa una patrulla en las calles de Roma. Estas patrullas se componen de soldados y de ciudadanos que se han constituido en una especie de guardia urbana. Armados con fusiles y revestidos con una banda blanca y amarilla recorren la ciudad para mantener en ella el buen orden.

» El tercero representa el ataque del Capitolio, que fué muy reñido.»

B.



SUCESOS DE ITALIA. — Voluntarios reuniéndose con las bandas garibaldinas entre Orte Narni.



ROMA. — La plaza del Popolo ocupada por las tropas pontificias.



ROMA. — Soldados y ciudadanos romanos de patrulla.



P. Blanchard

ROMA. — Ataque del Capitolio por los insurrectos en la noche del 22 de octubre.

Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

Veíanse muchas luces en la calle; oíanse gritos confusos, conversaciones animadas, y el rumor de los pasos precipitados de la multitud, que se oprimía sobre el puente de madera mas próximo. Era indudable que se acercaba tambien un jinete, pues se oían resonar en el pavimento los cascos de un caballo. Aumentóse el resplandor de las luces, el ruido de los pasos se acercó mas y mas, despues llamaron con fuerza á la puerta, y la multitud entera comenzó á lanzar gritos de furor que hubieran hecho temblar al hombre mas intrépido.

— ¡Secorro! gritaba el jóven Charlot con todas sus fuerzas; ¡aquí está, aquí está, derribad la puerta!

— ¡Abrid en nombre del rey! decían desde fuera, mientras aumentaban los gritos y los murmullos.

— ¡Derribad la puerta! aullaba Charlot; os digo que no abrirán; corred directamente á la habitacion donde se ve la luz. ¡Hundid la puerta!

Golpes violentos y repetidos conmovieron en efecto la puerta y las ventanas, y toda la multitud lanzó un hurra enérgico por el que pudo formarse una idea de la masa compacta que rodeaba la casa.

— Abrid una puerta para que pueda encerrar á este maldito murciélago, gritó Sikes furioso, corriendo de un lado á otro, y arrastrando á Charlot como si fuese una pluma. Abridme esa puerta, pronto...

Así diciendo, arrojó al jóven en un cuarto y le cerró bajo llave.

— ¿Está bien segura la puerta de entrada? preguntó Sikes.

— Con doble llave y la barra, repuso Crackit, que así como sus compañeros, no sabia qué hacer.

— ¿Son sólidos los tabiques?

— Dobles.

— ¿Y las ventanas?

— Tambien.

— ¡Mal rayo os parta! exclamó el bandido amenazando con el puño á la multitud; chillad, chillad, que aun no me teneis en vuestro poder.

A estas palabras contestó la multitud furiosa con un espantoso vocerío, que con nada podria compararse: algunos gritaban á los mas cercanos que pegaran fuego á la casa; otros decían á los agentes que dispararan sobre el asesino; pero ninguno parecia tan agitado como el de á caballo, pues echando pié á tierra y hendiendo por entre la multitud, acercóse hasta estar debajo de la ventana, y gritó con una voz que dominaba todas las demás:

— ¡Veinte guineas al que me traiga una escala!

Los que le rodean repitieron aquel grito, que bien pronto corrió de boca en boca; los unos pedían escalas; otros martillos; algunos corrían de un punto á otro con hachas encendidas como si buscasen lo que se les pedia, volviendo despues á gritar con nueva fuerza. Estos proferían maldiciones, aquellos se precipitaban hácia adelante como furiosos, impidiendo trabajar á los demás, y los mas atrevidos trataban de subir por el tejado. Aquella multitud ondulaba en la oscuridad como las espigas agitadas por el huracan, lanzando de tiempo en tiempo un grito de furor.

— La marea, murmuró el asesino, la marea subía cuando yo vine; dadme una cuerda muy larga, pues mientras están todos delante de la casa, puedo deslizarme al foso y escapar por allí... Dadme una cuerda, digo, ó de lo contrario, voy á comer tres muertes mas, y me quitaré despues la vida.

Crackit y sus compañeros, poseidos de terror, le indicaron el sitio donde habia algunas. Cogiendo entonces presuroso la mas larga y fuerte, subió precipitadamente al piso superior de la casa.

Todas las ventanas que habia á espaldas de esta estaban tapiadas hacia mucho tiempo, excepto un pequeño postigo de la habitacion en que Sikes encerrara á Charlot. Aquel postigo era demasiado pequeño para que el jóven pudiese pasar la cabeza, mas no por eso dejó de gritar á los de fuera advirtiéndoles que vigilaran por detrás de la casa. Así es que cuando el asesino apareció en el tejado, anunciaron su presencia fuertes gritos, y los que estaban delante siguieron el consejo de Charlot, precipitándose como un torrente.

El asesino atrancó la puerta que le diera paso al tejado, de manera que no pudiese abrirse sin gran esfuerzo, y deslizándose hasta el borde del tejado, miró por una de las canales.

La marea se habia retirado, y el foso no presentaba mas que un lecho de fango.

La multitud habia permanecido silenciosa por unos instantes, espiando todos sus movimientos y preguntándose qué intentaba; pero al ver cuál era su proyecto, y juzgándolo impracticable, lanzó un grito de triunfo mucho mas fuerte que los demás. Hubiérase dicho que toda la poblacion de Lóndres habia ido á maldecir al asesino.

Veíanse á la luz de las antorchas millares de hombres con el rostro inflamado por la cólera y revelando el odio y el furor. Las casas situadas al otro lado del foso estaban invadidas por el gentío; agrupábanse todos

en las ventanas y tejados, y los tres puentes de madera arrojados sobre el foso crujían bajo el peso de la multitud. Todos querían ver al asesino.

— ¡Ya está cogido! exclamó un hombre que se hallaba en el puente mas próximo; ¡hurra!

Los gritos rodobaron.

— ¡Cincuenta libras esterlinas, gritó un anciano, al que le coja vivo! yo permaneceré aquí hasta que vengan á reclamar la recompensa.

Nuevos gritos en la multitud...

En aquel momento circuló el rumor de que al fin se habia conseguido derribar la puerta y que el caballero que pidió la escala acababa de penetrar en la casa.

Apenas corrió esta noticia de boca en boca, dirigióse la multitud hácia la puerta; los que estaban en las ventanas, viendo retroceder á los demás, se precipitaron á la calle, y todos en confuso tropel se agolparon á la puerta de la casa para ver pasar al asesino, conducido por las gentes de la policia. Estrechábanse unos contra otros; las angostas calles estaban completamente oprimidas; y en aquel momento, el ardor de los unos para adelantarse, y los inútiles esfuerzos de los otros para llegar primero, hicieron perder de vista al asesino, precisamente cuando mayor era el deseo de verle prender.

Intimidado por los furiosos gritos de la multitud, Sikes, que no encontraba ya ningun medio de evadirse, resolvió agazaparse en el tejado; pero al ver la nueva direccion que tomaban sus enemigos, no quiso perder la ocasion que se le ofrecía, y se levantó presuroso, resuelto á tentar el último esfuerzo para salvar su vida, arrojándose al foso con peligro de ahogarse en el fango y escapar á favor del desórden y de la oscuridad.

Estimulado por el ruido que oía en la casa, por el que era fácil conocer que acababan de echar abajo la puerta, apoyó su pié contra el cañon de una chimenea, para hacer mas fuerza, y atando uno de los extremos de la cuerda hizo en el otro un nudo corredizo, con ayuda de sus dientes y manos. Todo fué cosa de un segundo; ya iba á poder bajar hasta muy poca distancia del suelo, y tenia en la mano su cuchillo abierto para cortar la cuerda despues de su descenso.

En el momento de pasar la cabeza por el nudo corredizo para colocarse la cuerda debajo de los brazos, y cuando el anciano de quien hemos hablado, tratando de resistir á la multitud para conservar su posicion, elevaba mas la voz para denunciar aquella tentativa de evasion, en aquel momento, decimos, Sikes, que acababa de mirar detrás de sí, alzó las manos, poseido de terror, y lanzó un grito, que no era de este mundo.

— ¡Siempre sus ojos! exclamó.

Y como si le hubiese herido un rayo, vaciló, perdió el equilibrio y cayó desde el parapeto con el nudo corredizo al cuello. Tendióse la cuerda bajo el peso como si fuera la de un arco, y el bandido cayó con la rapidez de una flecha desde una altura de 35 piés.

Hubo una brusca sacudida, un movimiento convulsivo de todos los miembros, y el asesino quedó colgado, oprimiendo aun el cuchillo entre sus manos crispadas.

Conmovióse la vieja chimenea, pero resistió al choque. El cadáver de Sikes se balanceaba delante de la ventanilla del cuarto de Charlot, y este, apartando con la mano aquel cuerpo que le hacia daño á la vista, pedía á gritos que le sacasen de allí.

Un perro que nadie viera hasta entonces, comenzó en aquel momento á correr por el borde del tejado lanzando aullidos lastimeros; despues de medir el salto, arrojóse sobre la espalda de su amo, pero perdiendo el tino, cayó de espaldas al foso, y su cráneo se hizo pedazos al chocar la cabeza contra una piedra.

LI.

Dos dias despues de los sucesos que acabamos de referir en el capítulo anterior, dirigiase Oliverio á su pais natal en una berlina de viaje que iba devorando el espacio. Acompañábanle la señora Maylie, Rosa, la señora Bedwin y el buen doctor. Detrás, y en una silla de posta, iba Brunlow con otro caballero cuyo nombre no habia dicho.

La conversacion habia languidecido durante el viaje, pues Oliverio se hallaba dominado por una agitacion que le privaba del uso de la palabra, agitacion de que participaban tambien las personas que iban en su compañía.

La señora Maylie y Rosa sabian ya por Brunlow las declaraciones de Monks, y aun cuando no ignoraban que el objeto de su viaje era terminar la obra tan bien comenzada, hallábase aquel negocio envuelto en tanto misterio y oscuridad, que no podían menos de abrigar muchas dudas.

Brunlow, así como el doctor, se guardaron muy bien de poner en conocimiento de las señoras los fatales sucesos que acababan de ocurrir; así es que el viaje fué silencioso, sin que ninguno, absorto en su mismo pensamiento, tratase de suscitar la conversacion.

Pero si Oliverio habia permanecido silencioso y entregado á sus reflexiones en tanto que pasaba por un camino desconocido para llegar á su ciudad natal, no le sucedió lo mismo al pasar por los sitios que recorriera en su infancia.

¡Con qué vivacidad se despertaron en él los recuerdos de otro tiempo, y cuántas emociones hicieron latir su corazón al pensar en aquella época en que siendo un pobre huérfano abandonado no tenia quien le tendiese una mano amiga, ni quien le ofreciera un techo para abrigarse!

— Mirad, mirad, exclamó estrechando vivamente la mano de Rosa y sacando la cabeza por la portezuela; hé ahí la barrera por donde salté, ved mas allá el cercado donde me escondí para que no me sorprendieran y me llevasen por fuerza á la casa del fabricante de ataúdes; mirad allá abajo el camino que conduce á la casa donde pasé mi infancia. ¡Oh! ¡Ricardo, Ricardo, mi antiguo amigo, si pudiera verte ahora!

— Bien pronto le vereis, dijo Rosa cogiendo las manos de Oliverio, y podreis decirle que sois feliz y rico, y que vuestro mayor placer es encontrarle para hacerle feliz tambien.

— Sí, sí, exclamó Oliverio; le recogeremos, y despues de vestirle é instruirle, le enviaremos al campo para que crezca y se haga robusto: ¿no es verdad?

Rosa hizo una señal afirmativa, pues no podia hablar, viendo al niño sonreír de felicidad á través de sus lágrimas.

— Sereis buena y dulce para él, como lo habeis sido para todo el mundo, continuó Oliverio; él os contará cosas que os oprimirán el corazón, ya lo sé; pero ¿qué importa? todo habrá pasado ya, y estoy seguro que sonreireis de placer al pensar que vais á cambiar su suerte como habeis cambiado la mia. ¡Pobre Ricardo! qué bien me dijo: « ¡Dios te bendiga! » cuando yo me marchaba. Yo tambien, añadió Oliverio sollozando, le diré ahora: « ¡Dios te bendiga! » demostrándole lo muy grabadas que tengo en el corazón sus últimas palabras de despedida.

Al acercarse á la ciudad y cuando hubieron penetrado en sus estrechas calles, no fué cosa fácil moderar los trasportes del chico; veía la tienda de Soworberry, el empresario de las pompas fúnebres, tal como la dejara en otro tiempo, pero sin que le pareciese tan imponente; mas allá encontraba las casas, los sitios tan conocidos, que le recordaban á cada instante algun pequeño incidente de su vida de niño; la carreta de Gamfield, el deshollinador, á la puerta de la taberna; el asilo de mendicidad, aquella espantosa prision de su niñez, con sus estrechas ventanas, y en la puerta el mismo portero de otras veces con su lúgubre aspecto y sus facciones descarnadas.

Al verle, no pudo reprimir Oliverio un sentimiento de terror, pero despues comenzó á reírse de su tontería y á llorar alternativamente. Vió en fin cien personas conocidas y otras muchas cosas tal como las dejara en otro tiempo. Hubiérase dicho que habia salido la víspera de aquellos sitios y que su reciente felicidad no era mas que un sueño delicioso.

Pero aquella felicidad no era un sueño; detuviéronse á la puerta de la mejor fonda, la misma ante la cual acostumbraba á pararse Oliverio, creyéndola un palacio; y á la puerta encontraron á Grimwig, dispuesto á recibir á los viajeros.

Abrazó á Rosa y á la señora Maylie apenas bajaron del coche, como si fuera su abuelo, y amable y complaciente, condujo á todos á las habitaciones interiores, donde encontraron la mesa servida y todo preparado como por encanto para recibirlos.

Sin embargo, pasada la primera emocion, todos quedaron silenciosos y preocupados como durante el viaje. Brunlow se hizo servir la comida aparte, y sus dos amigos iban y venían con aire inquieto, hablándose al oído. Poco despues avisaron á la señora Maylie, que volvió á entrar en su cuarto al cabo de una hora con los ojos hinchados de llorar.

Todos aquellos incidentes no pudieron menos de alarmar á Rosa y á Oliverio que no estaban en el secreto de las nuevas inquietudes. Permanecieron, pues, silenciosos y admirados, cambiando algunas palabras en voz baja como si temiesen oír el sonido de su voz.

Por fin, á eso de las nueve, cuando empezaban á creer que no averiguarían nada aquel día, vieron entrar al doctor y á Grimwig, seguidos de Brunlow y otro individuo cuya vista arrancó á Oliverio un grito de sorpresa, pues le dijeron que era su hermano, y el mismo hombre que encontrara un día á la puerta de una posada, y que vió mas tarde con Fagin, mirándole por la ventana de su cuarto.

Aquel hombre lanzó á Oliverio una mirada de odio y se sentó cerca de la puerta. Brunlow, que tenia en la mano unos papeles, se dirigió á una mesa, junto á la que estaban sentados Rosa y Oliverio.

— Tengo que cumplir un deber penoso, dijo; pero es preciso que estas declaraciones, que se han firmado en Lóndres en presencia de testigos, sean reproducidas aquí en sustancia. Quisiera haberos evitado esta ignominia, mas es necesario oírlas de vuestra propia boca, y ya sabeis por qué.

— Continúa, dijo el desconocido, á quien se dirigia Brunlow; despachemos pronto, porque me parece que ya he hecho bastante para que me tengais mucho tiempo aquí.

— Este niño, dijo Brunlow, poniendo su mano sobre la cabeza de Oliverio, este niño es vuestro hermano, es el hijo ilegítimo de vuestro padre, Edwin Leeford, á quien apreciaba tanto, y de la pobre Agnés Fleeming, que murió al darle á luz.

— Sí, repuso Monks, mirando de reojo á Oliverio, que temblaba con todos sus miembros y cuyo corazón apenas latía; hé ahí su bastardo.

— La palabra de que os servís, replicó severamente Brunlow, es una reprension dirigida á dos seres á los cuales ya hace mucho tiempo que no puede alcanzar la vana censura del mundo; es un insulto que no puede ya deshonorar á ninguno sino á vos, que os habeis hecho culpable. ¿Ha nacido en esta ciudad este niño?

— En el asilo de mendicidad, contestó Monks; por lo

demás ahí teneis su historia, añadió con impaciencia, señalando con el dedo los papeles.

— Es preciso que lo oigamos todo de vuestra boca, dijo Brunlow paseando sus miradas sobre los testigos de aquella escena.

— Entonces, escuchadme, contestó Monks: habiendo caído mi padre enfermo en Roma, como ya sabeis, mi madre, de quien se había separado hacia mucho tiempo, marchó de París á reunirse con él y me llevó consigo. Era sin duda para asegurar la fortuna de mi padre, pues no le profesaba mucho afecto, así como tampoco él á ella. Al llegar no nos reconoció, pues ya había perdido el conocimiento, y estuvo aletargado hasta el día siguiente, en que murió. Entre sus papeles había dos fechados el día en que cayó enfermo y encerrados en una carta dirigida á vos. Había escrito en el sobre que no se enviaran aquellos papeles sino despues de su muerte. Era el uno una carta dirigida á esa Agnés de quien habeis hablado, y el otro un testamento.

— ¿Qué decía esa carta? preguntó Brunlow.

— ¿La carta?... era una hoja de papel escrita en todos sentidos, una especie de confesion general de sus pasados errores, de los que se arrepentía, rogando á Dios le tomase bajo su proteccion. Parece ser que había engañado á esa Agnés, diciéndola que ciertas circunstancias misteriosas que la explicaría mas tarde se oponían á su casamiento con ella, única cosa que podía devolver la honra á la mujer que se fió de él. Como faltaba poco tiempo para que saliese de su embarazo, decíala todo lo que pensaba hacer para ocultar su vergüenza en el caso de no morir, conjurándola á que no maldijese su memoria si espiraba, y á que no creyese que las fatales consecuencias de aquella falta recaerian en ella ó en su hijo, puesto que él solo era el culpable. Recordábalas asimismo el día en que la dió un medallón y una sortija en la que había hecho grabar el nombre de bautismo dejando un blanco donde esperaba poner mas tarde el apellido de familia... Rogábalas que guardase aquella sortija y la llevara siempre junto al corazón, como lo había hecho hasta entonces, y repetía varias veces las mismas palabras como un hombre que ha perdido la cabeza, lo cual creo que fuese cierto.

— En cuanto al testamento... dijo Brunlow, viendo á Oliverio llorar amargamente.

Monks permaneció silencioso.

— En cuanto al testamento, prosiguió Brunlow, estaba concebido bajo el mismo espíritu que la carta. Hablaba de las penas que le había causado su esposa, de las culpables inclinaciones y de las tendencias viciosas que había reconocido en vos, su único hijo, que odiábais á vuestro padre. Os dejaba, así como á vuestra madre, una renta de ochocientas libras esterlinas, haciendo de su fortuna dos partes iguales, una para Agnés Fleming, y la otra para el niño que diese á luz. Si era hembra debería recibir la fortuna sin condiciones; pero si era varón, estipulábase que para obtenerla sería necesario que al llegar á ser mayor de edad no hubiese manchado su nombre con ningun acto público de deshonra, bajeza ó cobardía; deseando con esto, segun decia, demostrar á la madre su confianza y la conviccion profunda que abrigaba de que su hijo tendría un corazón noble y un carácter elevado. Si le engañaban sus esperanzas, entonces quería que se os entregara la fortuna, pues en el caso, pero solamente en el caso en que sus dos hijos fueran igualmente perversos, reconocia en vos un derecho de prioridad á la herencia aunque no tuviérais ninguno sobre su corazón, puesto que desde vuestra infancia no le habíais demostrado mas que frialdad y odio.

— Mi madre, replicó Monks, hizo lo que cualquiera otra mujer hubiera hecho en su lugar: quemó el testamento, y guardó la carta, así como otras pruebas para el caso en que se tratara de negar la falta de la joven. Hecho esto, instruyó de todo al padre de Agnés, manifestándole cuantas circunstancias agravantes le dictara el odio que la animaba, y que yo le agradezco. Desesperado el padre, retiróse con sus hijas al interior del país de Gales, y cambió de nombre para que sus amigos no pudiesen saber nunca donde se hallaba. Algun tiempo despues encontróse muerto en su cama. Parece que habiéndose escapado su hija secretamente algunas semanas antes, comenzó á recorrer á pié todos los pueblos de los alrededores, buscando á su hija por todas partes, y persuadido de que se había suicidado para ocultar su deshonra, volvió á su casa y murió de pena aquella misma noche.

Hubo una larga pausa, despues de la cual siguió Brunlow el hilo de la narracion de este modo:

— Algunos años mas tarde, dijo, recibí yo una visita de la madre de Eduardo Leeford, de este hombre aquí presente... A los diez y ocho años la había abandonado, robándole sus alhajas y dinero; y despues de hacerse jugador y falsario, había huido á Londres donde hacia dos años solo se acompañaba con los seres mas degradados de la sociedad. Despues de numerosas é inútiles pesquisas, logróse descubrirle y se marchó con su madre á Francia.

— Y allí murió, dijo Monks, despues de crueles sufrimientos. En su lecho de muerte, revelóme sus secretos, legándome el odio mortal que profesaba á Agnés y á su hijo; recomendacion inútil, pues ya hacia mucho tiempo que yo había heredado aquel aborrecimiento. Mi madre no creia en el suicidio de la joven, y como estaba segura de que el hijo de Agnés vivía, yo la juré, que si llegaba á encontrarle en mi camino, le perseguiría sin tregua ni descanso, encarnizándome con él con infatigable animosidad, y que para aplacar mi odio, pisotearía aquel testamento insultante arrastrando ahijado

de la adúltera en el lodo de la infamia, aunque debiese conducirla al mismo pié del cadalso. Al fin le encontré, había comenzado mi obra, y á no ser por las habladerías de una miserable, habría conseguido mi objeto.

En tanto que Monks desahogaba su impotente cólera, murmurando espantosas imprecaciones, Brunlow, dirigiéndose á los mudos y asombrados testigos de aquella escena, les explicó cómo el judío había sido el cómplice y confidente de aquel hombre, cómo había recibido, para hacer que Oliverio cayese en sus lazos, una suma considerable, de la cual debía restituir una parte en caso que el chico se escapara, y cómo en fin, de resultas de una conversacion sobre este punto, se habían asegurado que era Oliverio quien estuvo en el campo con la señora Maylie.

— ¿Dónde están el medallón y la sortija? preguntó Brunlow.

— Me los vendieron el hombre y la mujer de quien os he hablado, contestó Monks. Segun parece, robaron dichos objetos á una vieja enfermera del asilo de mendicidad, que los tomó del cadáver de Agnés. Ya sabeis lo que he hecho de ellos.

Brunlow hizo una seña á Grimwig, quien salió al momento y volvió á entrar, empujando hácia adelante á la señora Bumble y conduciendo tras sí á su infortunado marido.

— ¿Será verdad lo que veo? exclamó Bumble, aparentando neciamente su sorpresa. ¿No es ese el pequeño Oliverio?... ¡Oh! ¡Oh! Oliverio, si supiérais qué inquieto he estado por vos!

— ¡Callaos, imbecil! murmuró la señora Bumble.

— No puedo dominar la emocion, señora, replicó el jefe del asilo de mendicidad; yo, que le he educado parroquialmente, no puedo menos de sentir alguna cosa al verle aquí entre estas señoras y caballeros con un aspecto tan distinguido. Siempre he querido á este niño como si fuera mi... mi... mi abuelo, continuó Bumble, deteniéndose como para buscar una comparacion exacta. Oliverio, amigo mio, ¿os acordais de aquel caballero blanco? ¡Ah!... hace ocho días que está en el otro mundo... lo hemos conducido al cementerio en una caja de encina con agarraderas de plata.

— Vamos, caballero, dijo Grimwig con acento severo; basta ya de lamentaciones.

— Trataré de moderarme, contestó Bumble; ¿cómo estais, caballero?

Este cumplido se dirigia á Brunlow, que aproximándose á los dignos esposos, preguntaba, designando á Monks:

— ¿Conoceis á ese hombre?

— No, contestó secamente la señora Bumble.

— ¿Quizás no le conoceréis vos tampoco? dijo Brunlow dirigiéndose al marido.

— En mi vida le he visto, repuso Bumble.

— ¿Y no le habeis vendido nada?

— No, contestó la señora Bumble.

— ¿Y no habeis tenido nunca en vuestro poder un medallón de oro y una sortija? preguntó Brunlow.

— No, ciertamente, repuso la matrona. ¿Nos habeis hecho venir aquí para hacernos esas preguntas tan tontas?

Brunlow hizo otra seña á Grimwig, quien salió al momento como la vez anterior; pero no trajo consigo personas tan vigorosas como las otras. Seguióle dos viejas temblonas, que tropezaban á cada paso.

— Tuvisteis cuidado de cerrar la puerta la noche en que murió la anciana Sally, dijo la primera de las viejas levantando su mano temblorosa; pero no pudisteis tapar las rendijas de la puerta ni impedirnos escuchar lo que se decia.

(Se continuará.)

La comedia italiana.

La comedia italiana es, digámoslo así, el lazo que une á nuestro teatro moderno con el teatro de los antiguos; ella continúa desde los primeros tiempos de la edad media hasta mediados del siglo XVIII, la tradicion de los improvisadores cómicos de la antigüedad. Cuando en tiempo de Luis XIV alcanzó en Francia esa perfeccion que es el presagio cierto de la decadencia en todas las formas del arte, Molière estaba ya á punto de recoger su herencia.

La comedia italiana no es el conjunto de las piezas escritas por los mejores autores. El repertorio del teatro italiano apenas existe. La coleccion Gherardi, compuesta de piezas escritas en el siglo XVIII, publicada en un tiempo en que ya los mejores autores no existían, no puede dar sino una idea muy insuficiente del género que debía salvar del olvido. Lo que es original en la comedia italiana, lo que le pertenece propiamente, es la creacion de esos tipos variados cuya gracia, verdad y naturalidad hicieron las delicias de muchas generaciones. Aun en el día su nombre está en la boca de todo el mundo, por mas que se ignore su origen, su historia y hasta su verdadero carácter. ¿Quién fué el que inventó estos personajes, que no tienen rival: Polichinella, Arlequin, Pantalón, Colombina, el doctor?...

La genealogía de tan ilustres nombres apenas está bosquejada. Y sin embargo, nadie pone en duda la antigüedad de su raza. Algunos de ellos nacieron ciertamente antes del cristianismo y vivieron durante la edad media en el vehículo de un charlatan ó en los tablados de los titiriteros. Se les ve cómo crecen, se perfeccionan y se trasforman con las mismas naciones á las que

hacen reir con sus agudezas oportunas y con sus gestos.

El mas antiguo de todos es el Polichinella, que descendiendo en linea recta del *Maccus* de la Campania, ó es quizá el mismo personaje. *Maccus* en lengua osca significa lo mismo que *Pulcinella* en italiano. El *Maccus* antiguo no figuraba en la comedia regular, sino en aquellos dramas satíricos, si es permitido llamarlos así, muy antiguos y que llamaban *atellanes*, del nombre de la ciudad de *Atella*, en donde habían tenido origen. Una estatua de bronce que se halló en Roma en 1727 no puede dejar duda alguna sobre la identidad de *Maccus* y de Polichinella. El Polichinella de los atellanes tiene como su descendiente dos enormes jorobas, una nariz como el pico de un ave de rapiña, y un calzado muy recio sujeto sobre el empeine, que se parece bastante á los zuecos de nuestros días. Su aire es burlón, escéptico y maligno: dos bolas de plata que lleva en las extremidades de los labios le ensanchan la boca y dan á su semblante una expresion de bajeza y falsia que no tiene el rostro del Polichinella moderno.

Esta diferencia en el exterior de entrambos personajes, acusa á mi juicio, una diversidad mas profunda aun entre los caracteres. El actor de los antiguos debía ser mas villano é iracundo que el Polichinella moderno; cómico sobre todo por sus diformidades, me figuro ver de lejos á una especie de Thersita popular sumido en la opresion del vasallaje y de la fealdad, Polichinella es ya la protesta, es horroroso, pero tambien es terrible, riguroso y vengativo; nadie le hace temblar cuando empuña su garrote. Mediante este instrumento que pasea con frecuencia hasta por las espaldas de su amo y de los oficiales públicos, ejerce una especie de justicia breve é individual, que venga al débil de las iniquidades de la justicia oficial. Lo que me confirma en esta opinion es que en las farsas napolitanas se encuentran dos Polichinellas, el uno bajo y recio, verdadero hijo de *Maccus*, y el otro, osado, ladrón, pendenciero y de creacion mas moderna.

Los estudios de Menage y de Luis Riccoboni han probado que el carácter y el traje de Arlequin se hallaban igualmente en la comedia de segundo orden de los romanos. Llamaban *planipedes* á los autores encargados de este personaje, porque salían descalzos á las tablas. Por esto el Arlequin moderno lleva un calzado tan ligero.

Lo mismo que los *planipedes*, aparece con la cabeza afeitada y su vestidura no es otra cosa que un monton de harapos de todos colores.

Arlequin es lombardo, de la ciudad de Bérgamo.

Hasta el siglo XVII era un campesino toscano, pobre criado de un pobre amo que tenia precision para vestirse de mendigar harapos en la vecindad. Dominico, que sucedió á Trévelin en este papel, trasformó completamente este personaje. Arlequin vino á ser gracioso, astuto, decididor, y no de otro modo nos le figuramos en el día.

De esta trasformacion de Arlequin, resultó un vacío en los caracteres: el personaje de necio dejó de existir, y entonces un tal Sureton, asalariado de la comedia, pensó arreglar á su modo el traje del Polichinella napolitano, convirtiéndole en el Payaso (Pierrot) moderno, resurreccion de ignorantes Arlequines. Pero este tipo nacido en Francia, creado por un francés, tiene un carácter nacional y universal al mismo tiempo. « Payaso es un aldeano burlón, al modo del aldeano que hace el tonto, pero bastante sutil en sus ideas, al mismo tiempo que es cándido en sus instintos y en sus sentimientos... Payaso raciona, procede por preguntas y pone en confusion á la gente sin confundirse él jamás. Es lógico en la estrecha esfera de sus pensamientos y lleva esta lógica hasta lo absurdo, hasta lo imposible. Los objetos exteriores le sorprenden ó le fatigan. Pero es artista á su manera y raciona de lo conocido á lo desconocido con esa libertad de espíritu propia de los niños y de las almas rústicas. »

Arlequin y el mismo Polichinella deben ceder el honor de la primogenitura á Scapin, modelo primitivo de todos los criados de Molière. Este es la imágen fiel del esclavo de la comedia antigua. Acude en auxilio del hijo disoluto, que engaña y roba á su padre y sale de todos los apuros á fuerza de osadía y de mentiras. Es el Dave de la comedia de Plauto y de Terencio, tomado del teatro de la Grecia, del que fueron imitadores los romanos.

El estudio de los diversos tipos de la comedia italiana, de sus numerosas trasformaciones, de las ideas y sentimientos que representan, sería ciertamente la parte mas interesante de una buena historia de la comedia italiana. Mi ánimo no es intentar hoy tan árdua tarea. Con lo que llevo dicho hay bastante para que comprenda el lector que aquellos caracteres que se habían formado así mediante el trabajo lento y seguro de una larga serie de generaciones, debían ser perfectos, bien acusados, y debían producir un efecto indescriptible siempre que corrian á cargo de actores eminentes.

Ahora bien, estos grandes actores abundaban en Italia. Sabido es que en las piezas del teatro italiano, el autor no daba mas que un argumento, el orden en que debían sucederse las escenas, y una sucinta indicacion de lo que tenían que decirse los personajes. Lo demás era de cargo de los cómicos. Fácil es concebir que semejante sistema de composicion exigía buenos actores, y contribuía muy especialmente al desarrollo de sus facultades dramáticas. ¿Qué imaginacion, qué conocimiento de la escena, qué presencia de ánimo necesitaban para no exagerar ni cansar con vaciedades; para divertir al público con agudezas oportunas, para abando-

narse libremente á todos los caprichos de su invención, sin salir de la situación, sin paralizar el desarrollo de la intriga!

No bastaba prepararse de antemano: el actor, excitado por las risas y por los aplausos del público, inventaba cada vez salidas inesperadas, que obligaban á su compañero á improvisar la réplica. Cuando se echa una ojeada á los antiguos planes de la comedia italiana, cuesta trabajo comprender que haya habido artistas bastante hábiles para improvisar el diálogo de unas escenas vagamente indicadas en algunas palabras. No se atreverían los cómicos contemporáneos con una empresa semejante.

¿Debemos creer que todos los actores de la comedia italiana fueron hombres prodigiosos? No cabe duda que entre ellos hubo algunos artistas de genio. Fiorelli, Dominico, Bertinazzi, tuvieron seguramente inimitables talentos; pero no ellos solos poseían ese don singular de improvisar todo un papel, y de sostenerle sin decaer durante varios actos. Sus compañeros y los que les habían precedido, actores por lo común inferiores é ignorantes, aunque sin poseer el mismo ingenio, llevaron á cabo igual tarea, que bajo este supuesto, debía ser mucho menos difícil de lo que al pronto parece.

Cierto es también que el género de la comedia italiana ofrecía al actor recursos con que no cuenta el

teatro moderno. Efectivamente, en la comedia italiana, la intriga cambia al antojo de la imaginación del autor; pero los caracteres nunca varían. Sea cual fuere el asunto de que se trate, siempre han de tomar parte en él Arlequin, Pantalón, Cinthio, Isabel, Colombina y Balvardo. Estos tipos característicos tienen cada cual su traje, sus gestos tradicionales, y al mismo tiempo su lengua particular, pues antiguamente en Italia, Arlequin hablaba bergamasco, Pantalón veneciano, el doctor boloñés, etc.

El mismo actor representaba siempre el mismo personaje, y se identificaba con él completamente, legando á su sucesor las formas de lenguaje, las actitudes, los dichos que él había aprendido de sus antepasados. Cada papel estaba, digámoslo así, escrito de antemano; era una obra del tiempo á la que los cómicos añadían, de generación en generación, sus inspiraciones personales.

Si el arte de representar la comedia italiana no era un prodigio, exigía, sin embargo, talentos superiores, y la mayor parte de los cómicos franceses no los igualaron.

Molière, oyente asiduo y fiel admirador de Scaramuchia, se formó en la escuela de los improvisadores italianos. Un siglo después, la comedia italiana, ya en su decadencia, excitaba aun el entusiasmo del menos entusiasta de los hombres, de Grimm, el crítico oficial de los príncipes de Alemania: «Si queréis saber cuáles son los mejores actores de París, no nombraré á Le Kain, ni á Mlle. Clairon; sino que os enviaré á ver Camille, y el actor que desempeña ordinariamente el papel de Pantalón, y direis: Esos son actores.»

La comedia improvisada formaba grandes cómicos, y además desarrollaba en los autores ciertas cualidades importantes, aunque secundarias, de la composición dramática. Como aquellos caracteres trazados de antemano dejaban pocos recursos á los hombres de genio que habrían

podido crear otros nuevos, los escritores concentraron todas sus facultades en inventar sucesos, en multiplicar las situaciones, en hacerlas interesantes. Así muchos planes de comedias italianas se pueden considerar como modelos en este género.

Cuando la comedia regularizada y la tragedia clásica tomaron posesión de la escena, se desdenó el mérito de aquellas planes y el talento de los actores que les daban vida. Hoy que ha pasado la moda de los clásicos, se cree aun en los fallos del siglo XVII sobre las piezas de teatro en las que se había tenido el atrevimiento de faltar á las tres unidades. Muchas personas se figuran que las comedias italianas no eran más que farsas, que no podríamos soportar nosotros con nuestro gusto refinado. Esto es un error que se disipa cuando se leen algunos *scenarios* italianos.

La mayor parte de los *vaudevilles* franceses no valen lo que las buenas piezas de la comedia italiana, y á menudo solo difieren por los nombres de los personajes tomados de la vida contemporánea. Como en las comedias italianas, su mérito principal consiste en la intriga. Ahora bien, si tuviésemos actores capaces de improvisar, imagino yo que estas piezas podrían entregarse en *scenarios* á los cómicos, y que el público aun se divertiría con las salidas imprevistas de un diálogo improvisado.

J. S.



Tipos de la antigua comedia italiana.



Arlequin y Gerolamo.



El doctor y Gil.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

— No seais tan violento en vuestros actos, querido Wollhart, le dijo procurando calmarle; ahora mismo voy á bajar al cuarto de Fink; tal vez se arreglará todo amigablemente.

— Yo exijo que se excuse conmigo delante de todos mis compañeros, repuso Antonio; excusas ó satisfaccion.

Era curioso durante este tiempo ver á los dos señores que habian quedado en el salon. Pix, como hábil capitán, habia acercado su canasta á la puerta del cuarto, y afectando indiferencia, parecia que no se ocupaba mas que de su cigarro, mientras que Specht no podia contenerse y aplicaba el oído á la cerradura.

— Se batirán con pistola, dijo muy bajo M. Specht, gozando de antemano con las conmovedoras escenas á que daria lugar esta querrela. Ya lo vereis, Pix, esto acabará en una catástrofe. Tendremos que ir todos al entierro. Nadie podrá excusarse. Yo me ofrezco formalmente á conseguir el permiso para que los mas jóvenes puedan llevar el cadáver.

— ¡El cadáver! ¿Qué cadáver? preguntó Pix admirado.

— Apuesto á que Wollhart no sale de esta, repuso Specht con voz ahogado.

— Vuestra suposicion carece de sentido comun, dijo Pix. ¡Vos estais loco!

— Yo no estoy loco, y os suplico que os abstengais de usar palabras malsonantes, continuó M. Specht con el mismo tono de voz, y resuelto, á imitacion de Antonio, á no dejar pasar nada.

— No me griteis de ese modo á la oreja, dijo M. Pix con calma, que me impedis oír.

Al mismo tiempo se abrió la puerta; M. Specht se lanzó hácia una ventana distante y se puso á contemplar con mucha atencion la noche sombría, en tanto que M. Pix sacudia la mano de Antonio y le declaraba que era hombre de corazon y que todo el departamento de negocios provinciales estaria á su lado en esta cuestion.

M. Jordan bajó al encuentro de Fink, pero regresó al momento. Fink no estaba en casa.

Probablemente este caballero no presumia nada de lo que ocurría y estaba tranquilamente sentado en algun café. Antonio dijo:

— Yo no dejaré este asunto así hasta mañana; le escribiré y haré que el criado ponga la carta encima de su mesa.

— No hagais eso, dijo Jordan instándole. Ahora no teneis la sangre fria necesaria.

— Estoy muy tranquilo, repuso Antonio cuyas megi-

llas ardian. No escribiré mas que lo preciso; vosotros, señores, me hareis el obsequio de no decir á vuestros colegas ni una palabra de cuanto habeis oido.

Habiéndose comprometido todos bajo palabra de honor á guardar silencio, Antonio subió á su cuarto y escribió una carta en la cual recordaba á M. Fink su ofensa, y al final dejaba á su eleccion batirse con sable ó pistola, para reparar la injuria que le habia inferido.

Esta carta, bastante bien escrita para un joven sin experiencia, fué colocada con la palmatoria de Fink en su cuarto, habiendo tenido mucho cuidado M. Specht de recomendar al criado en la escalera que trazase encima de la mesa con un yeso tres grandes admiraciones,

Caretas y semblantes, por Gavarni.

LOS DICHS DE TOMÁS VIRELOQUE.



— ¡Misericordia! ¡Qué muchachos!... ¡Ya tienen contiendas por un trompo!

á imitacion sin duda de las tres señales que los mensajeros del tribunal secreto de la *Sainte-Vehme* (1) hacian

(1) *La Sainte-Vehme* ó *Court wehmique*, tribunales secretos establecidos originariamente en Westfalia, tenian por objeto mantener el orden público ó la religion. Los miembros de estos tribunales llamados *jueces francos*, se rodeaban del mas profundo misterio y tenian en toda Alemania iniciados que les denunciaban los culpables; cualquier iniciado estaba obligado á ejecutar la providencia del tribunal en el momento que se le ordenaba y el condenado sufría el castigo por una mano desconocida.

La Sainte-Vehme tenia su principal residencia en Dertmund, en Westfalia. En *Gatz de Bertichingen*, apellidado *Mano de hierro*, que Gøthe adoptó por héroe de uno de sus

en la puerta de los castillos de los caballeros acusados.

Antonio permaneció el resto de la noche en su cuarto, paseándose á lo largo y á lo ancho, pintándose en su imaginacion la escena de la ofensa y la que iba á seguirse, y entregándose á todos los sentimientos inevitables á la vista de su primer duelo.

Mientras tanto, en el salon de M. Jordan se celebraba un gran consejo de todos los empleados en la casa. Habiendo ofrecido M. Pix y M. Specht guardar silencio, se contentaron con hacer algunas alusiones tan oscuras y misteriosas, que cada cual de los presentes empezaba á creer que se habia cometido un asesinato ó que esto era inminente, cuando M. Jordan tomó al fin la palabra:

— Como el acontecimiento no es un secreto para

ninguno de los presentes y á todos nos atañe, lo mejor, á mi entender, es que tratemos de ello reunidos y que imaginemos entre todos el mejor medio para evitar la efusion de sangre. Yo permaneceré levantado y aguardaré la vuelta de Fink para hablarle. Pero de todos modos debo confesar que Wollhart, para ser un hombre sin experiencia, se ha conducido de una manera que no podiamos esperar.

Todos fueron de la misma opinion. Con este motivo, M. Birnbaum y M. Specht entablaron una gran discusion sobre las diferentes especies de duelo.

M. Specht sostenia que en el combate á pistola, se vendaban los ojos de los dos contendientes con un pañuelo, que se les hacia volver de espaldas en seguida hasta que el juez del campo diera la señal con el baston, y que entonces se les permitía disparar hácia donde querian.

M. Baumann fué el primero que se escapó para ir al encuentro de Antonio. Le estrechó cordialmente la mano y le suplicó que no debia exponer la vida de dos hombres por algunas palabras malsonantes.

Cuando M. Baumann salió del cuarto de Antonio, este encontró encima de su mesa un pequeño ejemplar del *Nuevo Testamento*, abierto, y marcado con un gran bigote el versículo siguiente: *Benedicid á los que os maldicen.*

Antonio no tenia el ánimo en muy buena disposicion para conformarse con estas palabras; sin embargo, se puso á leer en el santo libro los versículos que cuando niño habia recitado con frecuencia á su madre.

Esta lectura le

apaciguó un poco, y se metió en la cama entregado á sentimientos mas pacíficos.

A pesar de todo, el rumor del terrible acontecimiento habia penetrado á través de las rendijas y de las cerraduras de las puertas en todas las habitaciones de la antigua casa de comercio.

Sabina estaba ocupada en ordenar el tesoro confiado á su guarda. Colocado en una pieza, inaccesible á toda persona extraña, es para toda buena ama de gobierno un asilo en el que siente sus mas dulces emociones.

dramas, se ve funcionar á los *jueces francos* y perecer en las sombras de la noche á los culpables escapados de la vindicta pública.

Estaban adosados á las paredes magníficos armarios de madera de encina y de nogal esculpido: en el centro de la habitación había una gran mesa de piés torneados y en derredor algunos viejos sillones.

En los armarios abiertos se veían brillar á la luz de la lámpara solar, hermosas mantelerías adamascadas, grandes rimeros de ropa blanca y de color, vasos de cristal y copas de plata, porcelana y loza, monumentos que atestiguaban los gustos de tres generaciones sucesivas.

El aire estaba impregnado de un fuerte olor de lavanda, de agua de colonia y de lienzo nuevo. En este departamento Sabina tenía establecido su dominio absoluto y sentía gran pesar cuando penetraba en él alguna persona extraña; todo cuanto entraba y salía de los armarios pasaba por sus manos y nadie lo colocaba mas que ella: en los días de gran fiesta, un antiguo y fiel servidor gozaba del privilegio de ayudarla y admitía también algunas veces con igual objeto á Carlos Sturm, que fabricaba rótulos de carton de color de rosa con magníficas cifras para clasificar la ropa blanca.

Esta noche Sabina había permanecido hasta muy tarde delante de la mesa llena de ropa. Reunía los números de los hermosos servicios de mesa adamascados, contaba y acomodaba los manteles, sobre-manteles y servilletas, ataba con cintas de color de rosa grandes paquetes y colocaba en ellos los números de orden.

Algunas veces acercaba las prendas á la luz y examinaba con placer los dibujos y adornos con que la mano de hábiles industriales se había complacido en ornarlas. De repente, un ligero velo cubrió su radiante fisonomía, y examinó entristecida algunas servilletas de extremada finura, en las cuales se veían infinidad de agujeritos, notando siempre que estos guardaban cierta simetría. En vista de ello no pudo menos de llamar al criado y decirle:

— ¡Francisco, esto llega á ser intolerable! Mirad, en el número 24 vuelvo á encontrar las servilletas agujereadas con el tenedor. Uno de esos señores rompe nuestra ropa de mesa y sin embargo no hay necesidad de ello en nuestra casa.

— No, dijo el criado de confianza apesadado; yo estoy encargado del cuidado de la vajilla y sé muy bien que no hay necesidad de limpiarla cuando se presenta en la mesa.

— ¿Cuál de esos señores será el que comete esa falta de atención? preguntó Sabina con aire severo. Sin duda será algún recién venido.

— Es M. Fink, dijo suspirando el anciano criado; yo le veo todos los días antes de comer, pasar dos veces el tenedor por la servilleta. Señorita, siempre que observo su acción siento oprimirme el corazón, pero sin embargo yo no puedo hacer ninguna advertencia á M. Fink. Sabina inclinó la cabeza ante las servilletas agujereadas.

— Ya sabía á no dudarlo que era él, pero esto no puede continuar así por mas tiempo. Yo adoptaré para M. Fink un número especial y haré el sacrificio de guardar silencio hasta que se presente una ocasión oportuna para suplicar á ese caballero que no destruya nuestras servilletas.

Se acercó á un armario y estuvo buscando largo rato. La elección era difícil. Podía sacrificar sin gran sentimiento algunas docenas de servilletas ordinarias, pero en cuanto á las finas, el malogro de cualquiera de ellas le llegaba al corazón. Sin embargo había de estas algunas á las que no tenía gran apego.

— Pase por este número, dijo al fin tristemente, con mucho mayor motivo que el juego está incompleto.

Examinó de nuevo el dibujo que le formaban unos pavos reales pequeños artísticamente diseñados entre los festones y las flores. Entregó el paquete al criado y le ordenó que no pusiera otras servilletas á M. Fink.

Francisco se mostró algo indeciso y antes de salir de la habitación dijo:

— En su dormitorio tiene también quemada una punta del cubre-cama. Es una pieza que ha quedado enteramente inservible.

— ¡Un cubre-cama completamente nuevo! dijo Sabina suspirando. Mañana por la mañana lo cambiaremos. ¿Teneis todavía algo mas que decirme, Francisco? Parece que estais sobrecogido; ¿qué ha ocurrido de nuevo?

— ¡Ah! señorita, contestó Francisco con aire misterioso, lo que ocurre es que todos los dependientes están preocupados por un incidente muy serio. M. Fink ha ofendido gravemente á M. Wölfart que está furioso. M. Specht dice que esto terminará en un duelo, y todos los dependientes del escritorio temen que ocurra alguna gran desgracia.

— Un duelo, dijo Sabina, entre Fink y Wölfart, y sacudió la cabeza. Por precisión habeis entendido mal á M. Specht, añadió sonriendo.

— No, señorita. Esta vez os hablo con mucha formalidad. Sucederá alguna desgracia. M. Wölfart ha pasado por mi lado y estaba tan encolerizado que no ha tocado su taza de té.

— ¿Ha vuelto ya mi hermano?

— No, señorita; hoy volverá tarde, porque ha ido al comité.

— Está bien, dijo Sabina. No digais una palabra sobre esto á nadie, Francisco. ¿entendeis?

Sabina volvió á sentarse delante de la gran mesa, pero en lo que menos pensaba era en las mantelerías adamascadas, mirando á través de la oscuridad del patio las ventanas de M. Fink.

— El que agujerea las servilletas, dijo suspirando por lo bajo, no tendrá gran escrúpulo en atravesar el pecho de uno de sus semejantes. Ahora comprendo cuál era la

causa del pesar del pobre Wölfart. Ese huésped salvaje, hace el mismo efecto entre nosotros que un huracán en los bosques. Por donde pasa arranca las flores, todo lo marchita. A su existencia acompaña la perturbación, el ruido y el extrago. Todo el que se acerca á él se ve arrastrado al estrecho círculo de su locura. Y qué, ¿caso ese espíritu altanero y temerario no me arrastra también á mi en pos? ¿No es él quien perturba y agita mi corazón? Por mas que luche, cada día cedo de nuevo á ese encanto, tan bello, tan brillante y al mismo tiempo tan original. Siempre siento cierta repugnancia y á mi pesar también siempre pienso en él. ¿Cuánto me entristece y me atormenta! ¡Oh, madre mía! En este mismo sitio fué donde por la primera vez me senté á tus piés el día en que me entregaste las llaves de la casa. Al bendecirme pusiste tus manos sobre mi corazón, y mientras al abrazarme las lágrimas corrían por tus mejillas me dijiste: «¡Quiera el cielo apartar de tí todo motivo de pesar!» Alma bienaventurada, mi modelo por la sabiduría, el orden y el sentimiento del deber, acude ahora en socorro de tu hija y ruega á Dios que calme este corazón que late con tanta violencia, y que me dé ánimo y fortaleza contra él, contra su memoria seductora y su orgullosa ironía.

De este modo invocaba Sabina la memoria de su madre. Permaneció largo rato implorando solemnemente la protección divina, y luego pasando el pañuelo por los ojos, se acercó resueltamente á la mesa y continuó recontando y guardando la ropa blanca.

Antonio se disponía para acostarse y estaba á punto de apagar la luz cuando llamaron á la puerta de su cuarto, viendo entrar al mortal que menos esperaba en aquel momento.

Este era M. Fink, con el látigo en la mano, ostentando el aire indiferente que tan comun era en él.

— ¡Ah! estais ya en la cama, dijo sentándose á horcajadas en lo primera silla que encontró á mano. ¡No os molesteis! Me habeis escrito una carta sentimental y Jordan me ha contado el resto. Vengo pues á contestaros verbalmente.

Antonio guardó silencio dirigiendo desde la almohada en que estaba reclinado una mirada sombría á su adversario.

— Todos sois aquí muy virtuosos y muy sensibles, continuó Fink, pegando con el latiguillo en el pié de la silla. Tengo un pesar en que hayais tomado con tanto calor la significación de mis palabras, pero al mismo tiempo me encanta veros tan decidido. Habeis convertido al buen Jordan en un verdadero lobo, añadió sonriendo.

— Antes de que paseis adelante en vuestra conversación, dijo Antonio secamente, es necesario que yo sepa si teneis la intención de hacer delante de nuestros colegas una retractación honrosa para mí. Ignoro si despues del insulto que me habeis inferido, otro que estuviera mas al corriente de los lances de honor se contentaría con una reparación semejante; pero para mí esto es suficiente.

— Vuestro modo de pensar es cuerdo, dijo Fink movimiento la cabeza: esto debe bastaros.

— ¿Reparareis mañana de esa manera mi honor ultrajado? preguntó Antonio.

— ¿Por qué no? dijo Fink con indiferencia; no abrigo ningún deseo de batirme con vos, y mi mayor gusto será declarar, delante de todos los dependientes y responsables de la casa, que sois un jóven sensato ante quien se presenta un brillante porvenir, y que he cometido una falta ofendiendo al que es mas jóven, y perdonadme la expresion, mas tierno que yo.

La satisfacción que Antonio experimentó al escuchar estas palabras no estaba todavía exenta de amargura. Sin embargo, sintió que su corazón quedaba libre de cierto peso; pero escandalizándose nuevamente por la extraña postura de Fink, se incorporó en la cama y le dijo con aire resuelto:

— Esta declaración no me basta, señor Fink.

— ¡Eh! dijo Fink, ¿pues qué mas quereis?

— No estoy muy contento de vos en este momento, dijo Antonio; pues no me guardais los miramientos que se deben á toda persona extraña. Yo sé que soy jóven y que tengo poco conocimiento del mundo, y creo que bajo muchos conceptos vos me aventajais; pero precisamente por esto será mas digno en vos mostrarnos mas atento.

Antonio al decir esto hizo un movimiento que no pasó desapercibido á su adversario.

Fink alargó bondadosamente su mano abierta por encima de la cama y dijo:

— No os volvais á incomodar y dadme vuestra mano.

— La aceptaría con mucho gusto, dijo Antonio con una emoción que empezaba á dominarle, pero todavía no puedo. Decidme primero si al tratar este negocio entre os dos con tanta ligereza, lo haceis porque me considerais demasiado jóven y demasiado pequeño, ó bien porque vos sois noble y yo no.

— Escuchad, maese Wölfart, dijo Fink, me colocais de un modo singular entre la espada y la pared. Pero puesto que estais ahí acostado en mi presencia llevando una hermosa camisa blanca, emblema de la inocencia, llegaré hasta el cabo y quiero explicarme claramente con vos sobre este punto. Por lo que hace á mis títulos de nobleza, mirad el caso que hago de ellos, y diciendo esto hizo castañear los dedos. Eso tiene para mí el mismo valor que un par de botas de charol y unos guantes de

cabritilla. En cuanto á la repugnancia que suponeis me inspira el medir mis fuerzas con un jóven como vos, un futuro comerciante, muy respetable, estoy completamente dispuesto á hacerlos esa confesion; pero habiendo tenido ocasion esta noche de conocerlos mas particularmente, de mañana en adelante me obligo á no rehusar daros ninguna clase de satisfacción posible en cualquier diferencia que haya entre los dos con las armas que elijais. Creo que esto debe bastaros.

Despues de esta lisonjera declaración, Fink le tendió segunda vez la mano diciendo:

— Vamos, aceptadla; todo está en regla.

Antonio cogió la mano que le ofrecían y Fink la sacudió fuertemente y dijo:

— Hoy nos hemos manifestado muy frios el uno con el otro, y creo que será bueno demos por terminada nuestra entrevista, no teniendo á mayor abundamiento mas que decirnos. Dormid tranquilo; mañana hablaremos mas extensamente.

Despues de expresarse de esta manera, tomó su gorra, saludó, y salió haciendo sonar los espolines.

La terminación pacífica é inesperada de este negocio causó tal contento y satisfacción á Antonio, que estuvo largo rato sin poder conciliar el sueño. M. Baumann cuya cama estaba colocada al lado de la pared que dividía su cuarto del de Antonio, en cuanto se retiró Fink no pudo menos de felicitar á aquel dando golpecitos en la pared, contestando Antonio de la misma manera para darle gracias por esta prueba de interés.

Al día siguiente todos los del escritorio estaban reunidos sin faltar uno, un cuarto de hora antes de la llegada del principal. Fink se presentó el último y dijo en alta voz:

— Milores y señores del comercio de exportación y de las provincias, ayer traté á M. Wölfart, que está aquí presente, de una manera poco conveniente, y de lo cual, despues de lo que sé de él ahora, tengo un excesivo sentimiento. Ayer noche me excusé ya con él y hoy le pido nuevamente perdón en presencia vuestra. Al mismo tiempo tengo una satisfacción en declarar que M. Wölfart se ha conducido en todo este asunto muy honrosamente, y que estoy encantado de haber entrado en relaciones con él.

Todos los dependientes se sonrieron. Antonio se acercó á Fink y le estrechó la mano. M. Jordan hizo otro tanto con los dos contendientes y el negocio quedó arreglado.

Sin embargo, esto tuvo todavía consecuencias. La noticia de la reparación otorgada por Fink al nuevo dependiente y su reconciliación llegó también hasta al cuarto principal, y cuando Antonio se presentó en la mesa con Fink, las señoras le dirigieron una mirada de interés y de curiosidad, y el comerciante no ocultó una sonrisa de satisfacción.

Los ojos de Sabina brillaron también cuando vió á Fink, y cuantas veces levantaba la vista hácia él, lo hacia de modo que mostraba al parecer el deseo de reparar una gran injusticia.

La posición de Wölfart respecto á los jefes del escritorio acababa de sufrir un cambio completo. Todos le trataban con un miramiento y estimación que ordinariamente un novicio no inspira á sus superiores.

M. Specht le proclamó entre todos los dependientes de comercio conocidos suyos, y el número de estos era bastante grande... el nuevo Bayardo, el último caballero de Europa, el mas famoso *Fierabrás* del reino de los expedicionarios.

M. Liebold empezó á mostrarse audaz en sus aserciones cuando observaba que Antonio era de su misma opinion, y hasta el mismo Pix mostró desde aquel día un respeto visible hácia su discípulo, dando á las observaciones hechas por Antonio sobre el fiel de la gran balanza tanto crédito como á las suyas propias, y hasta le entregó algunas veces la brocha negra, su cetro favorito, la insignia de su poder absoluto.

Pero el cambio mas notable fué el que se operó en las relaciones de Antonio y Fink, porque algunos días despues de la disputa, subiéndolo Antonio la escalera detrás del jinete, Fink se paró delante de la puerta de su cuarto y le preguntó:

— ¿No quereis entrar en mi celda? Hoy vais á tener la bondad de hacerme una visita y de probar mis cigarros.

Por la primera vez, Antonio traspasó el umbral de la habitación de Fink y se detuvo muy admirado á la puerta, porque el cuarto tenía un extraño aspecto.

Elegantes muebles estaban allí colocados sin orden; una alfombra espesa y blanda como la espuma cubría el suelo, y el cuidadoso Antonio se afligió al ver esparramados por encima de las magníficas flores de aquella soberbia alfombra cenizas y puntas de cigarro.

A lo largo de la pared había un grande armario lleno de armas y encima de él veíase una extraña silla de montar de la cual pendían unas pesadas espuelas de plata.

Al otro lado de la pared había también un armario de rica madera, lleno de libros encuadernados en pasta, y encima de este armario se veían las dos negras alas de un monstruoso pájaro que llegaban de una pared á otra del cuarto.

— ¡Cuánto libro teneis! exclamó sencillamente Antonio.

— Estos son los recuerdos de un mundo en el cual ya no vivo, dijo Fink.

— ¿Y esas enormes alas, forman también parte de vuestros recuerdos?

— Sí, señor, estas son las alas de un condor. Ya lo veis, estoy orgulloso con mi caza, contestó Fink presen-

tando á Antonio un paquete de cigarros. Sentaos, Wohlfart; hablemos y mostradme que Specht tiene razon en decir que sois muy amable en sociedad.

Arrastró con el pié un sillón hacia nuestro héroe y Antonio se hundió con gusto en los blandos almohadones lanzando hasta el techo grandes bocanadas de humo, mientras Fink encendía la lámpara para hacer el té.

— Me agrada mucho vuestra compañía, Wohlfart, dijo Fink tendiéndose á la larga en el sofá. ¿Entendeis en caballos?

— No, contestó Antonio.

— ¿Sois aficionado á la caza?

— Mucho menos.

— ¿Entendeis algo en música?

— Muy poco, dijo Antonio.

— ¿Qué diantre? ¿pues entonces para qué servis en este mundo?

— Bajo vuestro punto de vista, para muy poco, contestó Antonio con acritud. Sin embargo, puedo querer bien á las personas que me agradan y creo que puedo ser un amigo fiel, pero no sufrir que nadie me trate con altanería.

— Está muy bien, en cuanto á eso lo sé por experiencia propia, dijo Fink; para ser un novicio no habeis debutado mal y veo en vos buenas disposiciones. Veamos, decidme, ¿quién sois? ¿de qué raza de hombres descendéis, y cuál ha sido el destino que os ha arrojado en medio de todas esas ruedas de molino, entre las que cada cual acaba de cubrirse de polvo y resignarse como Liebold, ó bien si la fortuna le sonríe, se eleva hasta el rango de Jordan que es la puntualidad personificada?

— Seguramente que ha sido un buen destino, contestó Antonio; y en seguida se puso á hablar de su país y de sus padres. Pintó con calor el reducido círculo en que se habia educado, sus aventuras de estudiante y las de algunos originales de Ostran con quienes habia vivido. Así es, dijo al terminar, que en lugar de ser como me habeis dicho, una desgracia, ha sido para mí una gran felicidad haber venido aquí.

Fink hizo una señal de aprobacion y dijo:

— Lo que hace en definitiva la mas grande diferencia entre los dos, es que vos habeis conocido á vuestra madre y yo no. Por lo demás es de todo punto indiferente el país en que uno nace y se educa. En casi todas las condiciones se puede llegar á ser un hombre *comme il faut*. He conocido muchas personas que han hallado en la casa paterna menos cariño que vos en esta.

— Vos que conoceis tan bien el mundo, dijo Antonio con un tono casi respetuoso, decidme, ¿cómo os habeis iniciado en esa ciencia?

— Muy naturalmente, contestó Fink.

«Tengo un tío en Nueva-York, que es una de las columnas de la Bolsa. Este escribió á mi padre, cuando yo habia cumplido catorce años, que me empaquetara y me remitiera á América, porque tenia intencion de nombrarme su heredero. Mi padre era demasiado especulador para dejar escapar una ocasion tan favorable y no enviarme inmediatamente á Nueva-York. Yo llegué muy pronto á ser el mayor pilluelo que la tierra haya sustentado, entregándome á toda clase de excentricidades y excesos, teniendo una cuadrilla de caballos de raza, á una edad en la que en nuestro país muchachos muy decentes van todavía comiendo por la calle pan de avena y juegan al volante. Yo mantenía cantatrices y bailarinas, y maltrataba de tal manera á mis criados blancos y negros, que á mi tío le daba mucho que hacer para pagar indemnizaciones á aquellos ciudadanos libres é independientes. Me arrancaron de mi patria sin consultar mi voluntad y sin inquietarse por mis sentimientos; tampoco me inquietaba yo mucho por los suyos. Por otra parte, cuanto mas derrochaba mas dinero me daban. Al cabo de poco tiempo era el mas descreído de todos esos jóvenes de mundo que cultivan con tanto éxito las futilidades del buen tono al otro lado del Océano. Recuerdo que una vez el día de mis cumpleaños salía á las seis de la mañana de una cena en que, por capricho me habia hecho el reservado con algunas bellas fáciles, y de pronto, me ocurrió la idea de que aquel género de vida debía terminar ó de lo contrario iba á sucumbir.

» En lugar de irme á casa de mi tío, me dirigí al puerto, me encapillé un vestido de marinero que compré al paso, y antes de que fuera medio día, salí del puerto en un buque inglés de gran porte. Recorrimos algunos miles de millas, dimos vuelta al cabo de Hornos y nos remontamos al otro lado del continente. Al llegar á Valparaiso declaré al capitán que le estaba muy reconocido por haberme conducido á aquel punto, gratifiqué á toda la tripulacion y salté en tierra con veinte doblones en el bolsillo para probar fortuna por mí solo. A los pocos días hice conocimiento con un hombre sensato que me condujo á su gran hacienda donde recogí no pocos laureles en calidad de vaquero y de picador. Permanecí en su casa unos diez y ocho meses próximamente; yo me encontraba muy bien allí; considerado como un huésped útil era querido y bien visto, admirando mis conocimientos como cazador y mi destreza como jinete. Nada me faltaba; pero como toda felicidad es pasajera, un día que estaban ocupados en matar un gran número de bueyes y que yo mismo escoltaba á caballo el ganado hasta el matadero, se presentaron repentinamente dos empleados del gobierno en medio de nuestra fiesta. Se acercaron á mí me trataron con mucho miramiento, como á un becerrillo escapado, se colocaron uno á cada lado del caballo y me condujeron ya al trote, ya al galope, hasta la capital. Fui entregado al cónsul de América, porque mi tío habia revuelto el cielo y

la tierra para descubrir mi paradero, y al tener conocimiento por una larga carta de mi padre que estaba profundamente alarmado por mi desaparicion, resolví darle gusto regresando al hogar paterno. Capitulé con el cónsul y me embarqué para Europa en el primer buque que salió. Cuando llegué á este antiguo continente declaré á mi padre que deseaba abandonar el comercio y dedicarme á la agricultura, lo cual exasperó notablemente á la razon de social de Fink y Becker entrando finalmente en arreglo. Se resolvió que estudiaria agronomía durante dos años en el Norte de Alemania, y que luego trabajaria algunos mas en un escritorio, esperando de este modo poner coto á mis caprichos y hacerme entrar en razon. Este es el motivo por que me encuentro en esta especie de reclusion; pero todo esto es trabajo perdido. Por complacer á mi padre permaneceré en mi arresto, porque sé que se disgusta, aunque inútilmente, por mi causa; pero yo no permaneceré aquí mas que el tiempo necesario para persuadirle de que tengo juicio. Luego me haré agricultor.

— ¿Queréis comprar una hacienda en nuestro país? preguntó Antonio.

— No, contestó Fink, nada mas lejos de mi pensamiento. Yo preferiria correr á caballo todo el día sin llegar al límite de mis dominios.

— ¿Entonces, pensais volver á América?

— A América ó á cualquiera otra parte. No abrigo predileccion por ningun país. Mientras tanto, vivo como veis en este convento, enclaustrado como un monge, añadió sonriendo.

Luego tomó una botella grande de ron, vertió gran cantidad de él en una copa que contenia otras sustancias, mezcló bien aquella extraña bebida, y con mucho contento suyo y gran espanto de Antonio apuró el abrasador brebaje.

— Vamos, amigo mio, dijo presentándole este la botella, servios, y mientras, conversemos alegremente como buenos camaradas y enemigos reconciliados.

Desde esta noche en adelante Fink trató á Antonio con una amabilidad muy diferente del desden que manifestaba hácia los demás dependientes de la casa. En poco tiempo Antonio llegó á ser el favorito del monge. Fink le llamaba á menudo á su cuarto y hasta llegó á no desdeñarse de subir tres pisos cuando hacia intencion de pasar la velada en casa para llegar á la mansion del gato rojo, si bien es verdad que esto sucedia muy raras veces.

Antonio se apercibió muy pronto de que su amigo era muy conocido y solicitado en las reuniones de la poblacion, que hacia sentir su despotismo á la juventud dorada y á los elegantes de la época, y que en las carreras de caballos, en las cacerías y en todas las partidas de placer ere el jefe y la autoridad respetada.

Fink era joven, diestro, noble, pasaba por inmensamente rico, y era además muy inteligente en todo lo que tenia relacion con la pezuña de un caballo, con el cañon de una escopeta y en hacer el té; en lo que sobresalía sobre todo era en el tono de suficiencia con que trataba á todos cuantos le rodeaban, talento que en todos tiempos ha merecido mucha consideracion á la multitud como una prueba de gran superioridad; así es que Fink pasaba con frecuencia las noches fuera de casa y no volvía hasta por la mañana.

Antonio le oía algunas veces volver cuando él hacia ya rato que estaba sentado delante de su libro. Admiraba el género de vida de su amigo, el cual, despues de haber descansado una ó dos horas, iba á ocupar su sitio en el escritorio, sin mostrar en toda la mañana la menor señal de cansancio.

En lo que Fink faltaba todavía mas al orden severamente establecido en la casa, era en que se tomaba la inaudita libertad de presentarse en el escritorio una hora despues de abrirlo y retirarse antes de que se cerrara.

Antonio no podía darse cuenta de si su principal miraba esta afectacion de independencia como un pecado capital ó venial. Lo cierto es que M. Schröeter jamás desplegaba sus labios.

Así se pasó el invierno y Antonio se apercibió por señales infalibles que la primavera y el estío venían á paso acelerado. Los carromateros no se presentaban ya en el escritorio cubiertos de nieve, pero sí humedecidos sus trajes por las benéficas lluvias primaverales. Algunas veces una ramilletera se atrevía á presentarse á vender violetas á los vecinos del infatigable reloj. Entonces penetraba el sol como conquistador en el rincón de la ventana del despacho de Liebold, los corredores venían á tratar sobre la amarilla flor del olivo, y finalmente M. Braun se presentaba con la primera rosa en la mano. Un año habia trascurrido desde que Antonio habia atravesado el lago acompañado por los cisnes. Durante este tiempo habia recordado mas de una vez aquel delicioso paseo.

VIII.

Veitel Itzig continuaba ocupando su cuarto en el camaranchon donde fué á alojarse el día de su llegada. Si como aparenta creerlo la policia, cada uno debe tener su casa, y si, conforme la opinion de todas las mujeres sensatas, el individuo tiene forzosamente la casa allí donde duerme, es necesario reconocer que Veitel estaba muy raras veces en la suya.

Siempre que podía escaparse de casa de M. Ehrenthal, recorría las calles, acechando con cuidado á todo joven que le parecia dispuesto á comprar ó á vender cualquier objeto, y distinguía perfectamente en las tra-

zas del transeunte si era ó no insensible á los encantos de algun pequeño negocio.

Llevaba siempre en el bolsillo como cebo para la pesca, algunos escudos que hacia sonar á menudo indiferentemente con una armonía atractiva, á cuya música raras veces un hombre sensible oponia resistencia.

Con una simple mirada descubria las faltas mas ocultas de una levita ó de un chaleco, teniendo para sus parroquianos un repertorio atronador de las frases mas seductoras.

Habia adoptado por principio no dirigirse jamás á un joven estudiante apenas adulto mas que haciendo uso del lenguaje mas obsequioso; sabia, lo que será siempre la suprema habilidad en esta clase de tráfico, dar á su humildad un tono burlesco, y era profesor consumado en el arte de hacer las mas ridículas cortesías.

Sabia poner reluciente por medio de cierto procedimiento el laton viejo y dar el brillo mas deslumbrador á la plata empañada; estaba siempre dispuesto á comprar viejos y raídos fraques negros, lo que ha sido considerado siempre por todos los hombres del oficio, como la señal de un genio atrevido y emprendedor; sabia con un golpe de brocha dar al paño, usado hasta descubrir la trama, un tinte como si fuera nuevo, el cual duraba lo bastante para fascinar á sus compradores reclutados entre los pobres maestros de escuela, los jóvenes que se preparaban á hacer su primera comunión y los obreros admitidos recientemente como oficiales.

Siempre que corria algun negocio por cuenta de Ehrenthal, procuraba hacer otro en provecho propio, lo que le valió bien pronto una clientela que excitaba la envidia de los ropavejeros antiguos, no circunscribiéndose empero á sus negocios en ropas usadas, á pesar de haber reportado en ellos desde el primer momento pingües resultados.

Se hizo agente de los tratantes en caballerías, se puso en relaciones con usureros discretos, y facilitando algunos negocios con tan honradas personas, llegó hasta prestar dinero por sí mismo teniendo la extremada delicadeza de no exigir mas del cincuenta por ciento; jamás prestaba á largos plazos, y admitia gustoso para reembolsarle en lugar de metálico toda clase de objetos por un valor que como perito sabia muy bien fijar él mismo.

Añadia á todo esto la preciosa cualidad de ser infatigable manteniéndose en pié todo el día; por algunos *gross* recorria diez veces el mismo camino, y se reputaba feliz como un rey cuando habia ganado un escudo; oía sin replicar las palabras mas rudas, comprendiendo con frecuencia cómo un perro de aguas recibe los golpes.

No se concedía á sí mismo ni un minuto de distraccion ó pasatiempo; su único recreo era contar con los dedos los negocios que tenia pendientes y calcular sus beneficios. Admiraba ver sus pocas necesidades: por la noche comía un pedazo de pan seco que al medio día habia pasado de la cocina de Ehrenthal á su bolsillo: el primer año no bebió mas que un vaso de cerveza y aun esto en un sofocante día de verano en que habia ayudado á un caballero á vender un coche ganando dos escudos en el espacio de dos horas.

Su oficio le facilitaba los vestidos; tanto en invierno como en verano iba con frac y pantalon negro, y hasta creyó de mucha utilidad llevar una cadena de oro por encima del chaleco de terciopelo negro, y se vestía como un caballero cuando tenia que tratar con sus semejantes, porque sostenia con razon que un hombre de negocios debe vestir siempre de manera que nadie tenga que sonrojarse de tratar con él. Gracias á todas sus maniobras, tuvo el placer de ver al fin del primer año, sus seis ducados duplicados treinta veces.

En casa de M. Ehrenthal se hizo muy pronto indispensable. Nada escapaba á su sagacidad. Una persona, un caballo, un carro de trigo, una fisonomía cualquiera, en fin lo que veía una vez no lo olvidaba jamás, y sabia admirablemente el curso de la Bolsa, como si fuera corredor.

Todavía ejercía una funcion mas útil que honorífica, la de limpiar las botas de Bernardo, y comía á la puerta de la cocina; pero era muy fácil prever que no tardaria en tener una mesa y ocupar una silla de vaqueta en el reducido escritorio de M. Ehrenthal, como ya se le habia ofrecido.

Este era el objeto de sus afanes; esta era para él la puerta del paraíso, porque todavía no estaba iniciado en el secreto de los negocios y le hacían salir del despacho cuantas veces M. Ehrenthal conferenciaba con algun cliente de suposicion. Comprendía que le faltaba algo para conseguir su felicidad.

Hablaba siempre en alemán, pero con mas viveza que correccion; sabia llevar la correspondencia y hacer los cálculos, pero sus escritos eran imperfectos, la letra no era bastante cursiva y su estilo desaliñado: en cuanto á la teneduría de libros, estaba tan enterado de ella como un niño, y esta ignorancia le pesaba mucho.

Sin embargo, en su albergue habia adquirido cierta consideracion y hasta Loebl Pinkus le trataba con extraordinaria familiaridad, debiendo Veitel á su perspicacia esta fructifera intimidad.

El tabique de la sala grande y el sonido hueco de la madera le habian preocupado desde el día de su admision en la posada y hacia algunas semanas que acechaba una ocasion favorable para continuar sus pesquisas.

Por fin un sábado pretextando una indisposicion se quedó en casa en ocasion que Pinkus y sus huéspedes se dirigieron con mesurado paso á la sinagoga, y consi-

guió ensanchar una rendija que habia en el fondo de un armario gozando de la vista de un espectáculo sorprendente.

Se ofreció á su indagadora mirada una gran pieza sucia ocupada en toda su extension por baulés y cajas y por una mezcolanza de artículos de comercio. Trajes de hombre y de mujer, colchones de pluma, lienzos, cortinajes y tapices estaban allí confusamente amontonados: arañas, cálices y crucifijos brillaban á la escasa luz que penetraba en el aposento: las alhajas que su vista de lince distinguía apenas, tentaban su codicia.

Cuando Aladino puso el pié en la cueva encantada, no debió impresionarse tan fuertemente como Itzig al descubrir aquel tesoro. Hasta el momento en que los huéspedes regresaron de la sinagoga, estuvo sin cesar atisbando por la rendija para examinar aquel misterioso depósito á la incierta claridad de la empolvada habitacion.

A nadie dió cuenta de su descubrimiento, pero desde aquel momento estuvo en acecho como el huron ante el agujero abierto por una rata. Algunas veces durante la noche oía ruido en el misterioso cuarto de la casa vecina, y una de ellas sorprendió un cuchicheo de voces dominado por la campanada del digno Pinkus; un dia, retirándose tarde á su habitacion, observó que delante

de la casa inmediata habia un carricoche cubierto con un lienzo blanco, medida muy recomendada ya como útil por la Sulamita en el Cantar de los cantares de Salomon, para no verse detenido en las viñas por los guardas del rey.

En el carruaje vió cargar barriles, cajas y paquetes. La misma noche, desaparecieron de la posada, para no volver mas, dos silenciosos huéspedes que evidentemente eran originarios de Polonia.

Itzig sacó de esto la consecuencia que su huésped hacia el comercio de comision y venta de todo género de mercancías que, por razones muy sabidas de él, prefería despachar por la noche, empezando ya á ver claro en este asunto.

Las mercancías, dirigidas hácia el Este, pasaban de contrabando por la frontera y se introducían hasta el interior de Rusia, hasta los límites del Asia, donde el industrioso kirghisio usa las camisas y los corpiños confeccionados por los sastres alemanes, siguiendo siempre el principio de que lo que no es bueno para los alemanes lo es de derecho para los rusos.

Veitel se aprovechó de su descubrimiento con la prudencia de un experimentado hombre de negocios y no hizo mas que las alusiones necesarias para obligar Pinkus á tratar á su huésped con marcada consideracion.

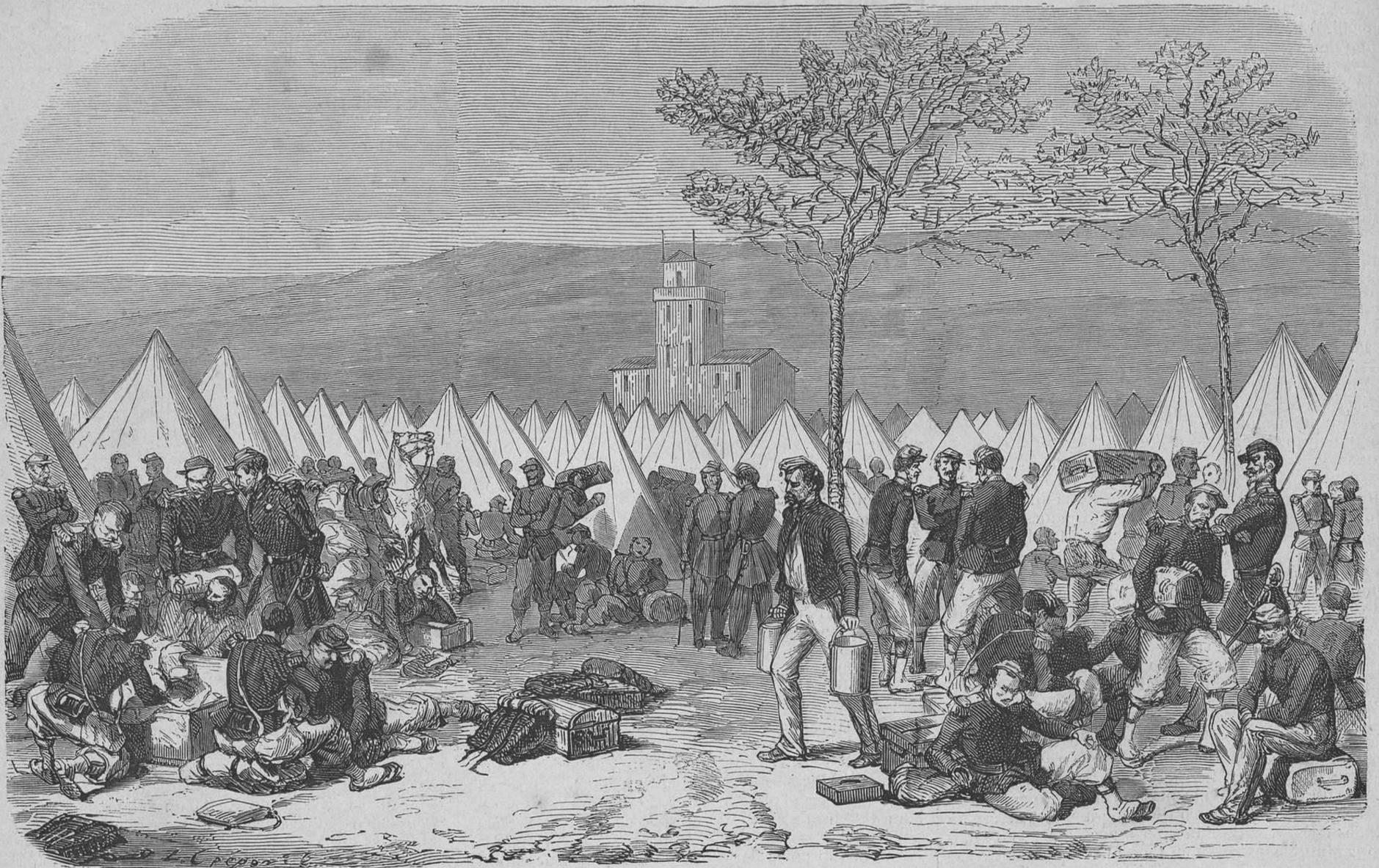
Después de haber llevado un dia muy atareado, Veitel habia regresado pensativo á su morada. Entró en la sala haciendo el saludo de costumbre y se sentó tranquilamente en un rincon, preocupado por la idea de buscar algun hombre instruido que quisiera iniciarle en los misterios de una buena redaccion de documentos y de la teneduría de libros por la cantidad mas módica que fuese posible, ó bien en cambio de un frac negro que no encontraba quien lo quisiera, porque los faldones de esta pieza, que habia pertenecido á un sermoneo de entierros de una estatura gigantesca, llegaban al suelo como las ramas de un sauce lloron.

Después de estériles reflexiones Veitel levantó de repente la cabeza y notó, sentado delante de la mesa, á un extrajero teniendo una pluma en la mano que introdujo varias veces en el tintero.

Este hombre hablaba muy bajo con un mercader, y de cuando en cuando se inclinaba hácia el papel, para hacer constar sin duda por escrito lo acordado en la conversacion secreta.

Veitel miró atentamente al que escribía y era muy claro para él que los antepasados de aquel sugeto no habian atravesado el mar Rojo siguiendo á Moisés.

Algo entrado en años, era fornido y pequeño, tenia la nariz rubicunda, cara redonda, los cabellos en des-



TOLON. — Campamento cerca del arsenal, de tropas destinadas á la expedicion á Roma.

orden y usaba unos anteojos viejos con montura de acero que apretaba frecuentemente contra las orejas, porque á pesar de su largo servicio no podia fijarlos en su nariz roma.

Veitel observó que este hombre iba muy mal vestido, y que cuantas veces tomaba polvo de una caja de estaño miraba al mercader con ojo inquisitorial, esperando sin duda, aunque en vano, dar de este modo á su fisonomía una expresion de bondad.

Evidentemente este hombre tenia alguna instruccion y Veitel resolvió aguardar un momento propicio para hablarle. Habiéndose al fin terminado el negocio, el mercader recibió un papel y puso acto continuo una pieza de ocho gros encima de la mesa, lo que no escapó á la vista de águila de Veitel.

El hombre de los anteojos recogió con indiferencia la moneda y la metió en el bolsillo del pantalon. Después de haber partido el mercader, nuestro hombre permaneció sentado y al parecer con el ánimo bien dispuesto, vertiendo en un vaso el resto del aguardiente que contenía una botellita.

Veitel se adelantó hácia el hombrecillo que le miró con desconfianza; pero viendo la actitud atenta de Veitel, una sonrisa familiar animó su rubicunda fisonomía y dijo con voz penetrante:

— Acercaos, acercaos, amiguito. Sin duda quereis consultarme, estoy á vuestras órdenes.

Veitel después de un momento de vacilacion empezó:

— Si este caballero tiene conocidos en la poblacion, me tomaré la libertad de hacerle algunas preguntas.

— Vamos, hablad, hijo mio, repuso el anciano escribiente vaciando su vaso y animando á Veitel con el gesto y la mirada.

— Quiero preguntaros si conoceis por casualidad algun sugeto, que por una indemnizacion razonable, quisiera encargarse de dar á un conocido mio algunas lecciones de caligrafía y de estilo mercantil.

— ¡Ah! dijo el interlocutor del traje raído; lecciones de estilo mercantil... Y esa persona conocida vuestra sois vos mismo, ¿no es así, hijo mio?

— ¿Para qué hacer de ello un misterio? contestó Veitel sin rodeos. Sí, soy yo, pero soy un principiante, y puedo dar muy poco.

— El que da poco, recibe poco, querido... ¿Cómo os llamais? preguntó el anciano agente con indiferencia dando vueltas á su caja de polvo.

— Me llamo Veitel Itzig.

— ¡Pues bien! querido Itzig, continuó el viejo, las buenas lecciones se han de pagar bien. ¿Qué clase de

negocios son los vuestros? añadió con aire paternal. — Trabajo en el escritorio de M. Ehrental, dijo Veitel con cierta satisfaccion.

El extranjero empezó á fijar la atencion.

— M. Ehrental es un hombre rico y prudente, á quien he conocido mucho en otro tiempo y que está muy versado en la jurisprudencia. Si quereis aprender el estilo mercantil y trabajais en casa de M. Ehrental, tal vez habrá medio de que nos entendamos y nos arreglemos. ¿Qué honorarios satisfariais á vuestro maestro si le encontráseis?

Veitel no juzgó oportuno contestar categóricamente á una pregunta tan delicada como precisa.

— Yo no sé, dijo, lo que él podrá exigirme.

— ¡Pues bien! contestó el señor de los anteojos, en ese caso voy á deciroslo francamente. Yo mismo podré tal vez daros las lecciones que deseais y eso no lo hago con todo el mundo; ante todo es necesario que me deis las mas amplias explicaciones respecto á vos. Si por complaceros me encargo de vuestra ensenanza, quiero tomar en consideracion que sois un principiante y además pobre.

(Se continuará.)